

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LXI- Núm. 873  
Abril 2004

1944-2004: LX ANIVERSARIO DE CRISTIANDAD



«Sólo el reconocimiento de la Soberanía social de Jesucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y descomposición en que se encuentra.» («El porqué de esta revista», número de prueba, diciembre de 1943)

# MATER DIVINAE GRATIAE



Dibujo de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday del cuadro que preside el altar de Schola Cordis Iesu.

# El porqué de esta revista

## La Providencia y la sociedad

**L**A idea de una providencia que rige los destinos de los pueblos, como rige los de cada individuo, es la base de toda concepción profunda de la sociedad y de la historia. La conciencia de este hecho se agudiza, empero, entre los hombres reflexivos, cada vez que la humanidad atraviesa momentos graves de crisis.

¿Por qué sucede así? Porque de otra suerte, estos males serían fruto de un azar ciego, y esto repugna profundamente a la inteligencia y al corazón humanos.

En cambio: si los males que aquejan a la humanidad no escapan al gobierno de un Dios providente y bueno, estos males, de otra suerte desesperantes, adquieren para el hombre la razón de ser de todo aquello que, aunque no alcance a comprender, ve claramente, con todo, que está incluido en un orden.

Basta la luz natural de la razón para creer en una providencia. Pero la luz de la fe da a un cristiano nuevas precisiones y nuevas esperanzas respecto a los planes de Dios sobre los hombres.

Por esto CRISTIANDAD, que viene a luchar por la implantación de un orden divino entre los hombres y las sociedades, afirma desde el primer instante que este orden debe necesariamente basarse: 1.º, en una concepción sobrenatural de la vida, y 2.º, en una unión estrecha con la Iglesia y con su Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Por la importancia que tienen estas afirmaciones nos detendremos un momento en aclararlas.

1.º Una concepción sobrenatural de la vida es necesaria para restablecer el orden en la sociedad.

Dios ha creado al hombre para vivir en sociedad. En esta sociedad el hombre debe conocer, amar y servir a Dios nuestro Señor.

La naturaleza misma del hombre exige uno y otro extremo. Pero una doble realidad ha venido a modificar las condiciones en que el hombre deberá realizar esta convivencia y servir en ella al plan de su Criador.

La primera, fuente de todos los egoísmos, no es otra cosa que la corrupción de la naturaleza humana por el pecado; la segunda, fuente de todas las generosidades, es la elevación de esta naturaleza corrompida al orden divino de la gracia.

Y esta gran realidad de la gracia no viene a superponerse al hombre de un modo extrínseco, como pretendía Lutero, sino que penetra la esencia misma de su alma.

Si esto es así, si en el hombre esta realidad sobrenatural transforma íntimamente su naturaleza, sería un desperdicio de fuerzas, sería volver a introducir la división en su seno no procurar que transformara también íntimamente su vida.

No basta, en efecto, a un cristiano tener fe: debe vivir de su fe. Este vivir de la fe es la caridad.

Únicamente así es posible no sólo el orden interior de sus potencias, sino el orden exterior con sus semejantes. El naturalismo en todas sus formas es, por consiguiente, el primer enemigo que CRISTIANDAD viene a combatir.

2.º Una sumisión filial a la Iglesia es necesaria para restablecer el orden entre las sociedades.

El hombre debe servir a Dios en sociedad. Acomodándose a su naturaleza, la gracia se le reparte, también, socialmente; y en sociedad gozará en el cielo de su inmenso destino.

Esta sociedad sobrenatural del hombre con Dios y con los bienaventurados es la Iglesia.

Y así como veíamos que la realidad sobrenatural de la gracia traía necesariamente consigo una consecuencia de orden natural: la ordenación y pacificación de nuestra vida, semejantemente la realidad sobrenatural de la Iglesia ha de traer consigo necesariamente una consecuencia de orden natural, el día que sea plenamente aceptada por todos: la ordenación y pacificación de los pueblos.

La compenetración entre la sociedad civil y la eclesiástica que esto supone, la aceptación plena por parte de las naciones y estados, en cuanto tales, de la Iglesia *como Madre*, es un ideal tradicionalmente expresado por un nombre: CRISTIANDAD.

Este ideal ha sido vivido y realizado, de un modo incipiente, por los siglos mejores de la Edad Media. Pero el protestantismo vino a malograr esta obra, destruyendo el principio de unidad y organización que representaba, y conduciendo fatalmente al filosofismo, para desembocar en las revoluciones.

Sólo el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo, por medio de su Iglesia, puede salvar a la sociedad del estado de división y descomposición en que se encuentra. Pero un grave error se opone a este remedio: el liberalismo, o la indiferencia religiosa, y la opinión errónea que muchos, aun católicos, tienen de él, considerándolo como un acercamiento a la fe, cuando en realidad es más dañino que la impiedad misma, porque es más ofensivo el desprecio que el odio.

Este es el segundo error que CRISTIANDAD viene a combatir.

## Naturalismo y liberalismo

**N**ATURALISMO y liberalismo son, pues, los principales enemigos del ideal de CRISTIANDAD. No son los más violentos, pero son, indudablemente, los más insidiosos.

Bajo aspectos de prudencia o de equidad, minan las convicciones mismas de los buenos católicos. Todos los demás se originan de ellos, o son matices suyos. Una vez han llegado a introducirse, queda la puerta abierta para todas las formas, de gravedad creciente, que se escalonan por las pendientes del ateísmo y de la revolución. El naturalismo y el liberalismo tienen en este momento una gravedad especial: empapan hasta tal extremo nuestro ambiente, nos son tan connaturales, que escapan constantemente a nuestra observación, por lo que a veces es casi imposible reaccionar contra ellos.

Por esto CRISTIANDAD, sin dejar de combatirlos directamente, va a emplear un método indirecto de eficacia positiva: contra el naturalismo, la propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, fuente de la vida sobrenatural; contra el liberalismo, la proclamación de la soberanía social de Jesucristo, como único remedio para salvar a la sociedad.

### El ideal de CRISTIANDAD y la devoción al Corazón de Cristo

**A**L amparo de estas concepciones, fue constituido en el pasado siglo el Apostolado de la Oración, por el que es casi su fundador: el insigne jesuita francés padre Enrique Ramière.

*Adveniat regnum tuum* es su aspiración central y su razón de ser.

Este reino, fundamentalmente sobrenatural, tendrá también en el cielo su fundamental cumplimiento. Pero, ¿es aventurado esperar, a modo de «añadidura», también un Reinado de Cristo sobre las naciones y Estados de la tierra? ¿Es aventurado esperar un cumplimiento real y efectivo de lo que ya llamamos corrientemente el «Reinado social de Jesucristo»?

Enrique Ramière no lo creyó así. A la vez que reconocía la gravedad de los males que afligían al mundo bajo una forma nunca vista hasta entonces: la apostasía de las naciones, vio en las tendencias más hondas de las sociedades, en la revelación auténtica contenida en las Escrituras y en la Tradición cristiana y, sobre todo, en las revelaciones de Paray-le-Monial, los más serios motivos de esperanza.

Desde entonces, los Sumos Pontífices nos van alentando con ella. Desde entonces, la devoción al Corazón de Cristo, que en Paray se nos presentaba como el remedio eficaz para conseguir la curación de nuestra sociedad, ha continuado adentrándose, cada vez más, en la vida de la Iglesia, hasta culminar en la fiesta de Jesucristo Rey.

### La fiesta de Jesucristo Rey

**E**s importante hacer notar que la fiesta de Jesucristo Rey es, precisamente, la coronación y término de la devoción al Sagrado Corazón que se iniciaba en Paray. Su institución viene, por lo tanto, a proclamar que la realeza de Cristo es una realeza de amor.

Pero es que, además, la institución de esa fiesta es, a la vez, la proclamación de una esperanza. Pío XI nos lo dice en su encíclica *Miserentissimus*: «Al hacer esto (institución de la fiesta de Jesucristo Rey), no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el universo... sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey».

CRISTIANDAD encuentra en ello nuevo aliento y por esto no vacilará, desde el primer momento, en invitar a sus lectores a penetrar cada vez más en la devoción a este divino Corazón «en cuyo amor hemos creído»; y a luchar, fortalecidos por él, por la dilatación de su Reinado sobre los individuos y sobre las sociedades.





## UN NÚMERO CONMEMORATIVO

EL 1 de abril de 1944, hace ahora sesenta años, apareció el número uno de la revista CRISTIANDAD. Esta efemérides marca el contenido del presente número, el cual, ya desde su portada, no hace otra cosa que conmemorar tan feliz aniversario. Por consiguiente, este es un número peculiar y distinto de los usuales, donde se ha primado el carácter conmemorativo de su contenido. Deseábamos haber acertado y que sea del agrado y provecho del lector.

La mejor justificación del contenido conmemorativo del presente número radica en la propia índole de nuestra revista, esto es, el núcleo de los temas tratados y el estilo con que lo hace. Esta finalidad y este estilo hacen que los artículos de CRISTIANDAD tengan siempre una perenne y acuciante actualidad. CRISTIANDAD posee una «actualidad» que tiene más que ver con la etimología latina de la palabra *actus* (plenitud, perfección) que con el uso habitual y meramente temporal que tiene en el lenguaje coloquial, donde significa lo que es digno de ser señalado hoy, pero quizá no lo sea ya mañana.

La actualidad de la revista es su sentido de la *realidad* que pasa por encima de lo que está de moda en un momento dado y pertenece por igual al pasado, al presente y al futuro porque, como la misma verdad, trasciende lo pasajero. Pero ello no significa que esta revista no haya nacido en el momento oportuno, porque la Providencia siempre tiene muy en cuenta la ocasión o, dicho en términos bíblicos, la plenitud de los tiempos. CRISTIANDAD pertenece conscientemente a su siglo —ahora ya traspasado— y mira intensamente hacia el futuro sobre el que quiere, con la ayuda de Dios, influir. El artículo aquí reproducido titulado «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», firmado por el padre Orlandis, hace entender en profundidad cuál es nuestra comprensión de la «actualidad».

El primer artículo que constituye este número y que precede incluso a esta «razón del número» se publicó en el número de prueba de la revista todavía nonata en diciembre de 1943 con este título tan explícito y a la vez tan ingenuo de «El porqué de esta revista». El artículo, verdaderamente programático, apareció sin firma, aunque es presumible, al menos, su inspiración en las ideas centrales del padre Ramón Orlandis, en el oficio de «curador» esto es, cuidador de la revista en su minoría de edad. Lo hemos reproducido en diversas ocasiones conmemorativas,

pero esta vez hemos querido deliberadamente omitir su procedencia para resaltar su perenne actualidad y hacerlo más nuestro si cabe en la presente circunstancia. Aquél «porqué» es nuestro «porqué» y no sabríamos decirlo con más precisión, con más sobriedad, con más convicción. Aprovechamos esta ocasión para honrar a los redactores de aquel número en los actuales Pedro Basil y José M<sup>a</sup> Minoves.

En esencia, CRISTIANDAD no tiene otra razón de ser que proclamar la firme esperanza en el futuro establecimiento en todo el mundo de la soberanía social del Corazón de Jesús. Esta esperanza no es una quimera ni es fruto de una ilusión sin fundamento. Los redactores de la revista toman en serio las autorizadas palabras de Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor* al referirse a la institución de la fiesta de Cristo Rey, del año 1925: «Al hacer esto no solamente poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete sobre todo el universo... sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y de voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey». Tomamos en serio estas palabras, creemos en ellas y no pensamos que las actuales —y crecientes— adversidades supongan un desmentido de las mismas. Todo lo contrario, la Providencia se complace en manifestar que el poder de Dios humilla a los poderosos cuando se presentan como más prepotentes y que Dios no olvida a su pueblo con el que tiene una alianza eterna en su Hijo Jesucristo Señor del Universo y de la Historia.

CRISTIANDAD colabora modestamente a acelerar este advenimiento combatiendo desde sus páginas los dos errores y las dos actitudes que se conocen como «naturalismo» y «liberalismo», que son los dos errores más insidiosos, y de los cuales dependen los otros, aunque no sean manifiestamente los más violentos. Son como la mala hierba que el Enemigo esparció en la tierra para ahogar la buena semilla que el verdadero Sembrador había sembrado. Ambos errores niegan las dos condiciones incuestionables para salvar al hombre: el primero niega la primacía absoluta de la gracia; el segundo niega la necesidad de que Cristo reine en la sociedad tanto como en los corazones individuales. Además, ambos actúan sobre la generalidad de los católicos de modo gradual, anestesiando su vida espiritual, sin presentar un combate declarado. Por esa razón el beato Pío IX dijo en una audiencia pública a una peregrinación francesa

que el catolicismo liberal era el peor enemigo que tenía la Iglesia.

De ahí la necesidad de propagar el remedio a tales males: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la proclamación de la realeza de Cristo. Tales ideales no son sólo el fin de la revista de un modo remoto; son también los que nutren su contenido habitual en la medida en que orientan sus artículos y son el criterio con el que se juzgan los acontecimientos así de la Iglesia como del mundo. De ahí que se trate de todo –y la revista tiene vocación de hablar de todo– bajo esta perspectiva del sentido sobrenatural de las palabras y de los hechos y de insistir, bajo todos los aspectos, en la necesidad de que los principios cristianos orienten las actividades humanas así individuales como colectivas.

Entre las diversas maneras posibles y legítimas de celebrar este aniversario, en lo que a las páginas de la propia revista se refiere, hemos elegido un sistema de una muy breve selección, incluyendo principalmente las diversas bendiciones y alabanzas con que nos ha honrado la jerarquía de la Iglesia, y la reproducción íntegra del contenido del primer número que apareció con la fecha de 1 de abril de 1944. Muy pocas revistas podrían hacer hoy lo mismo volviendo a ofrecer íntegramente lo que escribieron sus redactores hace sesenta años, sin tergiversar o sin omitir aquel remoto contenido. Pero CRISTIANDAD se ufana humildemente de su fidelidad; más aún, sabe que si se apartara de aquellas ideas dejaría de existir. No queremos caer en la trampa, que ha hecho tantos estragos en tantas instituciones de la Iglesia, de «modernizarse para no morir» porque sabe, mirando fuera de la Iglesia, lo que significa «la modernidad» en filosofía y en política y sabe también, mirando hacia adentro, que su doctrina es *nova et vetera*, siempre vieja y siempre nueva. Es ciertamente buena la modernización científica y técnica pero incluso ésta exige que no se tome como sustituto de la verdadera doctrina y tales nuevos instrumentos se sometan al fin supremo que es la difusión de la verdad eterna y Encarnada.

Esta reproducción, que se hace ahora por primera vez, tiene –no lo podemos negar– algo de nostalgia de tiempos que no llamaremos mejores pero sí muy buenos. La dedicación de aquellos redactores a la elaboración de la revista será siempre un ideal que envidiar por los actuales colaboradores. Tales artículos tienen todos una intención muy profunda y por ello pueden –y deben– ser releídos con frecuencia.

Una simple ojeada al editorial del primer número nos recuerda un hecho relevante en la reciente historia de España. Por razones de coincidencia no pretendida –aunque lo pudiera parecer– el artículo editorial versa sobre el quinto aniversario del fin de la guerra interna en España y que había de ser el

comienzo de la paz verdadera en todos los ámbitos en fraternal convivencia y con especial atención a los más necesitados. Sin entrar en el tema en profundidad, pensamos que una oposición sistemática a lo que decía entonces nuestra revista no será nunca el punto de partida de una pacífica y fructuosa convivencia entre los españoles.

CRISTIANDAD celebra este aniversario en una situación política especialmente grave. Es patente en la actual situación la proclamada oposición a la presencia de la religión en la vida pública. Este panorama recuerda demasiado acontecimientos que se expresaron con la fórmula «España ha dejado de ser católica» que significaba, en realidad, que se iba a hacer lo posible para que dejara de serlo. Da idea de lo grave de la situación política el pensar que el político que profirió estas palabras sea tenido como modelo para el líder del partido conservador que en los últimos ocho años ha gobernado en España. Bastaría este dato para reafirmar que, hoy como desde su fundación, CRISTIANDAD no toma posición entre partidos, tanto a nivel nacional como internacional, más enfrentados por el poder que opuestos por las ideas. El liberalismo es el fundamento filosófico del laicismo – «la peste de nuestro tiempo», como la llama Pío XI en la encíclica *Quas primas*–, y el liberalismo es la matriz común de todos estos partidos.

La verdadera y definitiva paz es un don exclusivo de la presencia pública de Cristo a través de su Iglesia en todos los ámbitos humanos. La paz de Cristo en el reino de Cristo no es una utopía sino una patente verdad. En la medida en que Cristo reina hay paz, en la medida en que está expulsado de la sociedad, hay guerra así interna como externa entre los hombres. La historia de la humanidad lo constata con abundancia y a la historia se habría de remitir nuestra revista como un tópico común de todos sus números.

Por eso CRISTIANDAD tomó deliberadamente este nombre como lema de su revista. En la armonía de la nación o Estado y la Iglesia, como lo proclamaron los pontífices con expresa y formal manifestación, está la única garantía de la paz en el mundo. No sirven absolutamente para nada las reuniones, las asociaciones de naciones, ni los pactos y tratados puramente humanos, llámense como se llamen. Todos los pactos están regidos por el principio ético-político del mentor de la filosofía política y religiosa de la modernidad: «es inmoral que un Estado mantenga un pacto cuando han cambiado las circunstancias que lo hicieron conveniente».

No hay imperio alguno capaz de traer la paz a la tierra. Recordemos a este propósito el comienzo mismo de la más célebre encíclica del beato Juan XXIII: «La paz en la tierra, profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, no se puede esta-

blecer ni conservar si no se guarda íntegramente el orden establecido por Dios». Esta idea está en el centro de la revelación y estuvo muy deliberadamente presente en el mejor Magisterio pontificio de los pontífices que vivieron el cambio de mentalidad de la humanidad que se alejaba expresamente de Dios, desde el beato Pío IX hasta el papa de la aparición de CRISTIANDAD, el papa Pío XII.

Quien recapacite someramente sobre el conjunto de artículos del primer número, en sus veinticuatro páginas, se percatará de que con un nivel cultural nada vulgar se tratan temas plurales y aún aparentemente muy diversos, pero juzgados desde una óptica unitaria: el bien existe en todas las manifestaciones humanas cuando saben recibir el impulso de la gracia divina que los eleva y perfecciona. Estas manifestaciones suelen ser personales pero no raras veces son también sociales. Y es entonces cuando son más fecundas. Estas realizaciones constituyen un ideal para los promotores de la revista que aunque vive de una savia sobrenatural no fructifica desencarnado de sus realizaciones terrenas. Cuando la Cristiandad ha vivido el ideal que la hizo nacer, ha realizado obras humanas inspiradas por Dios y que han estado verdaderamente al servicio del hombre. A modo de ejemplo visual y explícito puede verse esta armonía y este impulso todavía hoy en las imponentes y a la vez íntimas catedrales medievales.

Por directo contraste con aquellas realizaciones de armonía entre la razón y la fe tenemos a la vista la babilónica celebración en Barcelona del pomposo «Forum de las culturas», que es —además de un proyecto urbanístico del que no está ausente el negocio inmobiliario— la manifestación más ostentosa del laicismo más absoluto. Expresamente se ha declarado que la religión no constituye «cultura» para el hombre. De acuerdo con esta sentencia tan sabia, se ha acordado definitivamente que de esta manifestación «cultural» estará exenta la religión católica, aunque para más desprecio de la misma se dedicará una semana a construir un foro de «religiones», tomándolas deliberadamente en plural, para mostrar que son simples «opiniones» y para denigrar más la santa y única religión de Cristo. En definitiva, el poder político piensa, como dijo Spinoza, que dejar opinar libremente a los ciudadanos en materia de religión, da al Estado el poder supremo de dirimir en estos asuntos.

Esta manifestación «cultural» no pertenece a la raíz y al talante de nuestra ciudad que fue cuna de la Orden de Nuestra Señora de la Merced dedicada a redimir cautivos. Esta sí que fue una obra cultural y civilizadora, a pesar de que tampoco nos reconocemos en las actuales fiestas de «la Mercè», o de «la mercè», o como se vayan a llamar dentro de poco,

que no tienen ya relación alguna con un hecho realmente histórico y trascendente que fue una institución verdaderamente civilizadora, por ser cristianizadora, de la ciudad de Barcelona, de sus estamentos, de su pueblo, de su Iglesia y de su conde que era rey de Aragón.

Cualquier barcelonés —o visitante— puede contrastar la actual pretensión laicizante de nuestras autoridades municipales con el «creciente» y exuberante templo de la Sagrada Familia que provoca la admiración y el reconocimiento mundial de un arte verdaderamente original, el del insigne Antonio Gaudí, y cuyo origen es la expresa voluntad de sus promotores —casi anónimos— por reparar el pecado de los hombres, poniendo lo más expresamente de relieve en la extraordinaria magnificencia de su arquitectura, la grandeza doctrinal y encarnada de los misterios de la santa religión para ofrecer un ambiente «material» para orar a la vez que los motivos espirituales para hacerlo. La Sagrada Familia es una lección de catecismo, encarnada en piedras que merecen ser más milenarias que las catedrales en las que se inspira.

Como síntesis del recuerdo de aquella fundación y mirada positiva hacia el futuro, los redactores y colaboradores actuales nos sentimos representados, a la vez que interpelados, por el escrito del antiguo y actual redactor Francisco Canals Vidal, de tanta fecundidad así en escritos como en magisterio oral entre todos los actuales responsables, y que ocupa en la parte actual de este número el lugar central.

De modo muy providencial el lector encontrará en este número una noticia que tiene para nosotros la mayor importancia. Nos referimos a la proclamación por la Sagrada Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de santa Teresita del Niño Jesús como patrona segunda del Apostolado de la Oración. No hace falta recordar a nuestros lectores la insistencia del padre Orlandis en inculcar una intensa devoción a la santa de Lisieux que el lector podrá encontrar citada en el artículo de Luis Creus acerca del significado sobrenatural, por encima del natural e incluso del espiritual, de las rosas. Santa Teresita es la rosa que ama deshojarse ante el altar de Dios, ofreciendo su vida para bien de la Iglesia. Y tampoco queremos dejar de señalar que esta nuestra revista avanzó hace ya muchos años la congruencia de que la santa fuera declarada no sólo doctora sino también patrona del Apostolado de la Oración. CRISTIANDAD se honra en celebrar el acierto de su petición hoy cumplida. Es una muestra más de la fecundidad y realidad de nuestro ideal.

Finalmente, pero no es lo menos importante, damos gracias a Dios por estos sesenta años y le pedimos, por intercesión de la Virgen María, el don de la fidelidad.

# Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey

RAMÓN ORLANDIS, S.I.

(del número 59, de 1 de noviembre de 1945)

FUE el día 11 de diciembre de 1925, en los últimos momentos del Año Santo, cuando por su encíclica *Quas primas* el Romano Pontífice Pío XI promulgó la institución de la nueva festividad litúrgica de *Cristo Rey*. Testimonio es ella bien fehaciente de la convicción profunda que inducía al Papa a tomar tal determinación. Esta convicción de la importancia y de la actualidad del acto, se deja bien entrever en el recuento de los antecedentes que lo han ido preparando y con que se abre la encíclica.

Mas no sólo en aquel pasaje, sino en todo el documento, desde el principio hasta el fin, son tan graves y sentidas las palabras de Pío XI, que bien se deja conocer que su intento es no transmitir solamente al pueblo cristiano su juicio maduro y fundamentado sobre la legitimidad y la conveniencia de la institución, sino la emoción que en aquel momento embarga su ánimo paternal y el anhelo vivísimo que siente de ser atendido, comprendido y secundado.

Porque, ¿qué es la encíclica *Quas primas* sino un eco profundo de aquella otra encíclica *Ubi arcano*, en donde el mismo Pío XI dio a conocer al pueblo cristiano y al universo entero el ideal de su pontificado, cifrándolo en aquella fórmula de tanta amplitud y profundidad: «*La paz de Cristo en el Reino de Cristo*»?

En aquella primera encíclica, magistral por su doctrina, ¡cómo se trasluce en todos los párrafos la angustia paternal del corazón del Vicario de Cristo, al ver al mundo confiado a su tutela cerrar los ojos a la luz a riesgo de irse despeñando cada vez más en la ruina! El Papa alza su voz y no cesa de clamar al mundo descarriado que vuelva los ojos a la luz, que sólo acogiéndose al imperio salvador de Jesucristo podrá hallar la vida, la salud, la paz. La encíclica *Ubi arcano* es ciertamente un toque de alarma, pero más que un toque de alarma es un gemido de un corazón de padre, que debiera herir y despertar el corazón de los dormidos.

Transcurridos ya tres años, ¿había despertado el mundo? Un nuevo gemido que exhala el corazón del Vicario de Cristo, un nuevo clamor eco del primero, un nuevo toque al corazón: esto es la encíclica *Quas primas*. Una nueva proposición magistral de la doctrina del Reino de Cristo, una industria excogitada por el amor paternal: para que la doctrina salvadora penetre en los entendimientos y en los corazones; este es el contenido de la encíclica.

## El pensamiento del Papa

SE puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que se siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano*, *Quas primas*).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*passim*).

3.º Por consiguiente, entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defienda y tutele los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*Ubi arcano*).

4.º La realización de este ideal no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi arcano*, *Quas primas*, *Miserentissimus Redemptor*).

## La peste de nuestro tiempo

CUANTAS veces habla S. S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del *Reinado de Cristo* puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruído, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que infecciona las almas?: no es otra que el *laicismo*. Las palabras de Pío XI son terminantes:

«Al prescribir al mundo católico, que dé culto a



Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado LAICISMO, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en sólo un día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden —claro es— a la bienaventuranza eterna. Luego, paso tras paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en substituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios» (*Quas primas*).

Esta caracterización del malhadado *laicismo*, peste de nuestra sociedad, descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor edad.

De esta apostasía social, de esta separación de Jesucristo, ¿qué consecuencias se siguen para la sociedad? S.S. nos lo recuerda a renglón seguido: «Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la encíclica *Ubi arcano* y de nuevo los lamentamos hoy». Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pío XI: «La humana sociedad trastornada y llevada a la destrucción.»

Así, la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo

es vida, salud, prosperidad. «Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil: la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz».

Quien lea estos fragmentos copiados y más quien considere, no a la ligera ni con prejuicios, los documentos citados en su integridad, notará que las palabras del Papa no suenan a formulismos vacíos, sino a íntima persuasión; que no son meras palabras, sino espíritu y vida, y el espíritu y la vida necesitan comunicarse. De aquí la constancia de Pío XI en buscar maneras de comunicar su persuasión, su espíritu, su vida al pueblo cristiano y al mundo entero.

### Táctica del Pontífice

LA táctica de Pío XI es de insistencia, es la de hacer conocer la doctrina del Reino de Cristo a todos los cristianos y a todos los hombres, según la capacidad de cada uno. Para este fin propone esta doctrina y la recuerda en luminosos documentos y pondera su valor y su interés vital. Y encarga a los jefes de la Iglesia que transmitan sus enseñanzas a los fieles, acomodándolas a su inteligencia.

Para este fin instituye la solemnidad litúrgica anual de

Cristo Rey y hace que se celebre en un día y un tiempo del año que haga resaltar su importancia, y la razón que da es práctica y fundada en el conocimiento de los hombres. Las fiestas anuales hacen entrar por los ojos de los fieles la verdad que en sí encierran; ellas hablan no sólo a la inteligencia sino al hombre entero, y con esto la doctrina divina se embebe en el alma de los fieles, y, por decirlo así, se convierte en su carne y en su sangre.

Por donde se ve que la actualidad de la nueva festividad procede de la actualidad de la idea que en ella se incluye y se asocia, de la actualidad de la idea de la realeza de Cristo.



## Desarrollo de la idea

**P**ío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo, es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿tuvo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el Símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los papas de entonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un papa, por ejemplo, de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una encíclica *Quas primas* y esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿hubiera cristianizado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad que el mundo actual tiene con ella.

La realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea «Cristo Rey, Reino de Cristo» y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la realeza de Cristo, que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos preci-

sión, con más o menos determinación. Si esto sucede a menudo con ideas y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito, escrito por un autor del siglo XVII, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia de que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus encíclicas los actuales pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define, procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la combinación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pleróicas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, pueblo y gobernantes han clamado «no queremos que éste, que Cristo reine sobre nosotros»; para que los fieles súbditos de Cristo a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor «es necesario que éste, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino».

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública –no de los de pormenor, ni de los de índole técnica– se da solución, la única solución, la solución cristiana.

## Actualidad psicológica de la idea

**C**ON esto puede ya rastrearse de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su

madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desencuentros.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la frivolidad dilettante desdeña a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

Pero también es verdad que hoy aun en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aun en las clases inferiores, el interés por la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todas desvencijadas, sin trabazón ni consistencia; mas a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficiona a instruirse más.

¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo con tal de que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S. S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo

Rey, que vive en el cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice san Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de Providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

Un pensador no católico, Berdiaeff, en su conocido libro *Una nueva Edad Media*, entrevé los primeros tenuísimos fulgores de un día que ya amanece. Este día no es para él sino un tiempo nuevo en el cual el género humano acatará amorosamente el Reinado de Jesucristo. Es una nueva Edad Media, enmendada a gusto del pensador, una Edad Media liberada de la ambición y del predominio temporal de los Pontífices Romanos; lástima da tal obcecación sectaria en una vista tan perspicaz como la de Berdiaeff.

Otra diferencia se nos antoja a nosotros, diferencia más sutil, sólo al espíritu perceptible. En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver invertidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Ésta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey



es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

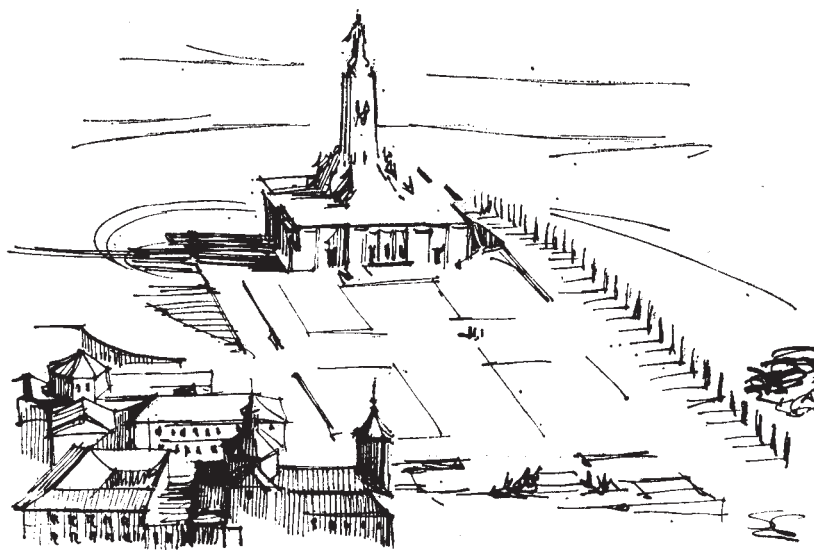
### Actualidad providencial

LA esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray-le-Monial! ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de santa Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la devoción al divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: «Reinaré a pesar de mis enemigos». Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: el Reinado del Corazón de Jesús. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray.

Y son los papas mismos, vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el pontífice León XIII en su encíclica *Annum sacrum* señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S. S. Pío XI declara en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* que al instituir la fiesta de Cristo Rey se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus actos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la celebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la realeza de Cristo, pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al Reinado suavísimo de Jesús.



Monumento al Sagrado Corazón en el Cerro de los Ángeles (Getafe, Madrid)



# CRISTIANDAD

NÚMERO 1 - AÑO I  
SUSCRIPCIÓN ANUAL: 48'— Ptas.  
EJEMPLAR. . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

1.º Abril de 1944

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
CASPE. 60, 2.º, 1.º - TEL. 24870

## En el quinto aniversario

*La aparición de CRISTIANDAD coincide con un aniversario de la mayor importancia para todos los españoles. Cinco años hace, en efecto, que se cerró una guerra interior especialmente angustiosa: porque se sostenía para salvar a la Patria contra la ceguera de sus propios hijos.*

*Todos los españoles que vivieron algún tiempo en zona roja, saben lo que es sufrir. Saben de las torturas del cuerpo lo mismo que de las del espíritu. Ojalá supiéramos todos, de la misma manera, lo que es recordar.*

*Recordar, para no comprometer con falsos optimismos, o al contrario, con desalientos inconsiderados, unos resultados conseguidos mediante un tan alto tributo de sangre. Recordar, para no deponer las armas del espíritu, para no cejar, pese a cualquier mal ejemplo, en el esfuerzo por el mejoramiento propio; recordar, para aliviar el sufrimiento de nuestros hermanos, para estar prevenidos contra todo espejismo, para humillar nuestra frente bajo la poderosa mano del Señor.*

*La victoria conseguida hace cinco años nos permite decir todavía: «no todo se ha perdido», y hace, por lo mismo, legítima la alegría de nuestra liberación. Alegría por los templos y los hogares recobrados y conservados, alegría por haber apartado de nuestra sien la pistola y de nuestro oído la blasfemia.*

*Pero basta la tremenda realidad de la guerra mundial, con las incógnitas de toda clase que plantea, para que debamos confesar que no todo se ha ganado aún, y para evitar que esta alegría se trueque en ligereza, que esta alegría se trueque en abandono del propio deber.*

*La hora presente es una hora de sufrimiento, es una hora muy grave para la Iglesia, para el Mundo, para España, para cada uno de nosotros. CRISTIANDAD vé la luz bajo este signo de dolor, CRISTIANDAD nace con la conciencia de esta gravedad.*

*Por la misma razón, la hora presente es también, más que ninguna otra, la hora de la Providencia.*

*A ella debemos corresponder, en primer lugar, con agradecimiento. Agradecimiento por el fin de nuestra guerra nacional, agradecimiento porque aquella otra guerra, inmensa como el mundo, no ha hollado, con todo, hasta el presente, el suelo de nuestra Patria.*

*A ella debemos corresponder, en segundo lugar, con confianza. CRISTIANDAD nace de este agradecimiento y de esta confianza en el Señor.*

*Que su virtud proteja a Aquellos a quienes ha confiado los destinos de la Iglesia. Que su virtud proteja a Aquellos a quienes ha confiado los destinos de la Patria.*

*Que El conceda a este Mundo, que ha querido apartarse de su Imperio, la paz que sólo bajo su Cetro puede recobrar; Y QUE LOS PUEBLOS TODOS VUELVAN A FORMAR, UNIDOS BAJO UN SOLO PASTOR, UNA VERDADERA CRISTIANDAD.*



# Semana Santa

I

## DÍA DE RAMOS

### «Las piedras hablarían...»

¡10 de Nisán y vísperas de Pascua en Jerusalén! La ciudad santa y la fiesta que reúne la raza dispersa para adorar a Jehová en su único Templo.

Judíos y prosélitos vienen de Egipto, de Cirene, de Libia, del Ponto, de Capadocia, de Macedonia; vienen los que viven en Roma... Grupos reducidos salen de cada uno de los pueblos de Galilea, se unen a los otros por los caminos, y formando caravanas, fluyen a la ciudad. Los que tienen parientes y amigos se alojan con ellos, los demás arman sus tiendas en el campo. La ciudad se ensancha con el pintoresco enjambre de millones de peregrinos que acampan en sus alrededores y por las laderas de los caminos, escogiendo y disputándose los mejores emplazamientos. Se encuentran conocidos de Pascuas anteriores, cambian impresiones; los de tierras lejanas, ávidos de noticias, escuchan los relatos de los judíos y galileos establecidos en el país.

Reviven las esperanzas del Reino mesiánico. A la noticia de la muerte del Bautista, muchos que no habían hecho caso de sus invitaciones a la penitencia, se indignan de que un reyezuelo extranjero haya dado su cabeza como premio a una danza impúdica. En sus comentarios salpicados de odio se mezcla el orgullo de raza con la esperanza del Rey Mesías, que los libertará de la dominación extranjera. Toda la atención la llenan los preparativos para la fiesta religiosa. En todas partes hay bullicio y animación.

\* \* \*

Un rumor más elevado que el de los habituales ruidos de la multitud acampada, se percibe algo lejano; va creciendo, cesan las conversaciones, los peregrinos salen de las tiendas, escuchan, miran. Por Betfage, montando en un pollino, rodeado de sus apóstoles, viene Jesús.

Le aclaman porque ha resucitado a Lázaro, hermano de Marta y María, que viven allí cerca, en Betania. Los que han sido testigos del suceso, lo cuentan con todos los detalles; la noticia corre con rapidez. Todos recuerdan al Rabí de Galilea que, hace tres años, arrojó a los mercaderes del Templo sin que nadie osara impedirselo; que, hace dos años, curó a un paralítico y anonadó con su sabiduría a los escribas y fariseos que le reprochaban haberlo hecho en sábado.

Ahora manifestaba que podía vencer a la muerte. Había multitud de testigos que lo afirmaban. Esto, sólo el Mesías podía hacerlo.

Los comentarios se hacen más vivos, se afirman en la convicción de que es el Rey libertador, el «que ha de venir», el Rey Ungido, que arrojará a los romanos y levantará a Israel, hollado, pero no vencido; adormecido, pero no muerto, y le dará el dominio del mundo.

El entusiasmo prende y se contagia rápidamente; tienden sus mantos por el camino por donde ha de pasar, cortan ramos de olivo y estalla en miles de voces el grito que encierra toda la esperanza y la razón de ser de aquel pueblo: ¡*Hosanna al Hijo de David, Bendito el Rey que viene en nombre del Señor, Bendito el Reino que llega de nuestro padre David!*

Jesús no se oculta como otras veces, no impone silencio a los que le aclaman. Se animarían los apóstoles, el juicioso Pedro pensaría que el Maestro se había equivocado en sus tristes presagios, Tomás creería que eran excesivos sus temores, esperaría Judas el próximo cumplimiento de sus ambiciones; pero Juan, mirando al Maestro, ve que llora, a la vista de la ciudad amada, aún lejana, y del Templo que resplandece al sol como una montaña de nieve y oro. Entre el estrepitoso entusiasmo de la multi-

tud, Jesús dice: «¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Si conocieras, siquiera en este día, lo que te daría la paz! Mas ¡ay!, que esto está oculto a tus ojos. Días vendrán sobre ti en que te cercarán tus enemigos, te sitiarán y te estrecharán por todas partes, y te asolarán, y no quedará en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita».

Los apóstoles se mirarían desconcertados al oír tan terrible anatema, precisamente en aquellos momentos en que la multitud corta los ramos de palmas y los agita triunfales, acompañando a sus vítores. Quieren interrogar al Maestro, pero la manifestación crece, les empuja, les arrastra, y el pueblo, vibrante de fe en el destino glorioso que anima a su raza, aclama a Jesús como Mesías, *Cristo Rey de Israel* y del mundo.

Así llegan a la ciudad. Dominan las voces agudas de los niños en continuados Hosannas. Todos se asoman a las terrazas y preguntan: «¿Qué es esto? ¿Quién es el triunfador?» Y contestan: «Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea.» Muchos ya le conocen, han presenciado sus milagros y controversias, saben que es objeto de mil conciliábulos secretos en el Sanhedrín y aun se susurra que el más alto tribunal de Israel ha decretado su muerte.

A pesar de ello, una fuerza secreta les impele, y se suman a la manifestación que se dirige al Templo. Allí están, pálidos de ira, los príncipes y los sacerdotes, viendo que sus órdenes son violadas y sus cuidados inútiles; y comentan entre sí, con rabia mal comprimida: «No hemos conseguido nada; ved que todo el mundo va tras Él!» Y al oír allí mismo los hosannas que proclaman su realeza, su rabia impotente rompe toda prudencia y *se dirige al mismo Jesús*, diciéndole: «¿No oyes lo que dicen éstos?» Jesús, mirando a los niños, que, como siempre, están en primera fila, y apoyándose en la Escritura, responde: «De la boca de los niños sale la verdad.»

No quieren darse por vencidos. Furiosos, se revuelven contra la realidad de aquel triunfo que los aplasta y que han de contemplar impotentes. Están desorientados. Si Jesús, aun esquivándose siempre que algún acontecimiento o prodigio de los suyos suscitaba manifestaciones que podían darle algún poder efectivo, de tal manera los anulaba, ¿qué sería de ellos ahora, en que aceptaba aquellas aclamaciones espontáneas que le proclamaban Mesías, Rey de Israel, Hijo de David? No saben lo que hacen. En su ceguera, se dirigen al mismo Jesús pidiéndole una especie de milagro: el de acallar a una multitud desbordada. Y con una mezcla de desesperación e insolencia, le dicen: «¡Hazles callar!»

Jesús, con la serena majestad del que se sabe omnipotente, contesta: «*Os digo que si estos callaren, hablarían las piedras.*»

II

## VIERNES SANTO

### «Las piedras hablaron...»

¡15 de Nisán! Callaron los hosannas. Las altas jerarquías de Israel, en el intervalo de pocos días, azuzando a la plebe más abyecta y asegurándole la impunidad con su protección, habían conseguido la sentencia de muerte contra Jesús, aterrorizado a sus discípulos y paralizado a los simpatizantes. Clavado en la cruz, vencido, agonizante, es objeto de sus sarcasmos el que había sido su obsesión durante tres años.

«*A otros ha salvado y a sí no puede salvarse*», dicen con ironía. «*Si es Rey de Israel, si es Hijo de Dios, baje de la cruz y creeremos en Él.*» No hablan muy alto; es como si lo dijeran entre sí, pero saben que el pueblo escucha y quieren provocar su desdén después de haber explotado su odio. La chusma quiere congraciarse con los

vencedores. Los más cínicos y los más aduladores se encaran con Jesús y le dicen: «Tú, que destruyes el Templo y en tres días lo reedificas, ¡sálvate a ti mismo! Si eres Hijo de Dios, si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.» A todo pueden atreverse. No hay que temer al que ha sido condenado por todos los poderes y en quien se han agotado todas las crueldades y todas las injusticias.

Los príncipes y los sacerdotes comprueban que las cosas han tomado para ellos mejor cariz, que morirá pronto y todo acabará satisfactoriamente. Va a establecerse la tranquilidad que había alterado aquel profeta de Galilea que, sin estudios, sin buscar su favor y aquiescencia, predicaba doctrinas que alteraba la meticulosidad de sus costumbres, descubría ante el pueblo la inmundicia de sus corazones y, con sus prodigios, provocaba manifestaciones que resumían en Él las esperanzas de liberación del pueblo, que le aclamaba como Cristo Rey, Hijo de David, comprometiéndoles ante los romanos.

Por fin le han vencido y ya no sucederá nada de esto. Caifás recibe parabienes y se felicita por su acierto al haber dicho que era preciso que muriera un hombre para que se salvara la nación. «Todo acabará con su muerte, que extinguirá su memoria, y nadie se atreverá ya a desobedecernos. ¡Nada en el mundo se nos opone!»



Pero el sol se oscurece, de pronto, de un modo completamente insólito. A todos sobrecoge la turbación. Los más cínicos son los más miedosos y los que huyen primero. Los más significados disimulan el temor con una actitud digna, pero creen que deben retirarse. Queda sólo la gran multitud, cuyo principal delito ha sido la pasividad. Se aproximan a la cruz y contemplan al que días antes han aclamado Rey, llevados del entusiasmo, pero al que, faltos de convicción, no han defendido. Han visto sus milagros, oído sus parábolas y admirado su sabiduría, pero no le han comprendido. No han comprendido que, para llegar a la liberación y al reino, son precisas la expiación y la penitencia, que ya predicaba el Bautista. Los príncipes y fariseos conocen esta ideología, que es también la suya; y para desvirtuar el poder del que había arrastrado al pueblo, con hábiles maniobras le han convertido en un rey de burlas que muere ajusticiado, mientras la multitud que cinco días antes le aclamara, calla, muda de estupor.

La profecía de Jesús se cumple: *hablan las piedras*, y su lenguaje resuena dentro del corazón del Centurión, obligándole a decir: «¡Verdaderamente, este Hombre era el Hijo de Dios!»

*Terra mota est, et petrae scissae sunt.*

«La tierra tembló y las piedras se agrietaron.»

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

## El Ideal de la Cristiandad



«Asistimos—ha dicho S. S. Pío XII— a uno de los más grandes incendios de la Historia, a uno de los mayores trastornos políticos y sociales que se han registrado en los anales del mundo.»

Esta profunda crisis, resultado de un largo proceso histórico, ha puesto en evidencia un hecho que nuestros

Pontífices, uno tras otro, venían ya de tiempo señalando con marcada y significativa insistencia: los males gravísimos de nuestra sociedad moderna, cuya consecuencia es la falta de una verdadera paz.

Pero al mismo tiempo, y con no menor insistencia, no han cesado de repetir a esta sociedad que la Iglesia tiene el remedio, y que sólo Ella lo tiene; que la Iglesia puede dar la paz al mundo, y que sólo Ella puede pacificarlo.

Así, entre otros, lo expresaba ya, claramente, Pío XI en su Encíclica «Ubi Arcano Dei», al afirmar que, «siendo propio de sólo la Iglesia, por hallarse en posesión de la verdad y la virtud de Cristo, el formar rectamente el ánimo de los hombres, Ella es la única que puede, no sólo arreglar la paz por el momento, sino afirmarla para el porvenir...»

Y después de comprobar el escaso o nulo resultado de cuantas tentativas han hecho los hombres a este respecto, añadía: «Pero hay una institución divina que puede custodiar la santidad del derecho de gentes..., la Iglesia de Cristo.» «Institución que a todas las naciones se extiende», porque es católica: «que está sobre las naciones todas», porque es divina; que tiene «la plenitud del ma-

gisterio» y que «es la única que se presenta con aptitud para tan grande oficio»; probando esta virtualidad por tres razones: por «el mandato divino», por «su naturaleza y constitución» y por «la majestad misma que le dan los siglos».

Examinemos brevemente estos tres fundamentos.

### EL MANDATO DIVINO

Se deriva del encargo de Jesucristo a sus Apóstoles: «Id e instruid a todas las gentes...» Por eso la Iglesia tiene el derecho, y el deber, de extenderse por todo el mundo. Es la catolicidad de la Iglesia: la extensión del Reino de Cristo, de derecho y de hecho, por toda la tierra, no por fuerza, sino por amor.

La Iglesia, instituida directamente para la salvación de las almas, tiene, en efecto, en función de este mismo fin, el encargo o mandato divino de dar la paz al mundo; pues esta paz no es sino el fruto del Reinado social de Jesucristo.

Esta misión social, secundaria y subordinada a aquel fin trascendente, se deduce de la idea misma de la Iglesia y de la Revelación.

El mismo Dios, al vincular a la de nuestros primeros padres la suerte de todo el linaje humano, y al fundar luego la Iglesia para unir a los hombres, miembros de las sociedades naturales, en la sociedad sobrenatural del Cuerpo místico de Cristo, ¿no demuestra ya una Providencia social, que mira a los hombres, no aisladamente, sino formando un cuerpo?



Y si Jesucristo vino al mundo con esta misión, no individual, sino social, de *incorporar a los hombres a su Cuerpo místico*, ¿no es natural que la Iglesia, que es este Cuerpo, tenga idéntica misión: unificar en sí misma a todo el mundo?

Y esta unificación sobrenatural, ¿no implica, precisamente, un mandato de paz?

Por eso se ha comparado la relación de la Iglesia con las sociedades naturales, a la unión del alma con el cuerpo, «igualmente provechosa a entrambos; cuya desunión, por el contrario, es perniciosa, singularmente para el cuerpo, que por ella pierde la vida». (León XIII, Enc. «Libertas»).

La Iglesia es de naturaleza diferente de las demás sociedades, porque es de orden divino; es como el alma que vivifica un cuerpo, no como un cuerpo que sujeta a otro. Por esto *la Iglesia no es un «super-estado»*, como el alma no es un «super-miembro».

Esta función, por tanto, no es de ningún modo humillante para las sociedades civiles, como no es humillación alguna, para el cuerpo, tener alma. Por eso, no admitir esta función de «alma» de la Iglesia, es un suicidio.

Pero la Iglesia, además, es madre: la Santa Madre Iglesia. ¿Será, por tanto, una humillación aceptar su influencia y reconocer sus derechos maternos? ¿Por ventura no vemos que, al rechazar esta función y apartarse de la Iglesia, los pueblos pierden la paz, la moralidad y la civilización verdadera?

Porque *la verdadera civilización* no se funda en los progresos materiales, ni siquiera en la cultura, sino en la verdad y las virtudes cívicas.

¿Y quién, sino la Iglesia, «que posee la verdad y la virtud de Cristo», puede enseñar esta verdad y comunicar aquellas virtudes?

Este es precisamente su *mandato divino*.

## POR LA NATURALEZA Y CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA

Basta considerar esta naturaleza y constitución para ver que *la Iglesia tiene virtualidad y misión para este fin civilizador y pacificador del mundo*.

Dos aspectos pueden considerarse en su estructura interna: el elemento social visible, humano, y el elemento invisible, divino: el cuerpo y el espíritu de la Iglesia.

Ante todo, la Iglesia es una sociedad *visible*, formada por hombres mortales, que tienen alma, pero que no pueden comunicarse sino por el cuerpo; unificada por la *voluntad* de sus miembros, pues aunque obligatoria, es libre; constituida por *órganos humanos* y fundada sobre Pedro y sus sucesores, cuya autoridad es *indefectible*, por tener la promesa de la infalibilidad.

Y esta sociedad es:

*Internacional*, por ser una (con unidad de régimen y de fin) y por ser *católica* (es decir, destinada a salvar los hombres de todas las naciones); y *Supranacional*, por la superioridad de su fin, que es eterno, y por poseer la verdad: la verdad esencial, íntima, transcendente, sin la cual no hay salvación; aquella a que el hombre aspira, y que le ha de hacer feliz, porque puede llenar su corazón.

Y como la base de la civilización — según se ha dicho — es la verdad, puesto que en ella han de apoyarse la moral y el derecho, claramente se deduce que *sólo la Iglesia puede procurar la civilización verdadera*.

Pero no basta esto; y notemos, de paso, que sería un grave error pensar que éste es el fin principal de la Iglesia. Toda apologética que alabe a Jesucristo o a la Iglesia sólo por la sabiduría sublime de su doctrina social, los disminuye y rebaja.

No basta la verdad sola para civilizar y pacificar al mundo, sino que es necesaria, además, la «virtud de Cristo», lo cual nos lleva a hablar del alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo. *Este es su elemento constitutivo esencial*, el que la distingue en absoluto de toda otra sociedad humana, y sin el cual la Iglesia sería una sociedad espiritual y aun religiosa, pero en modo alguno una sociedad sobrenatural, es decir, participante de la esencia divina.

Al subir nuestro Redentor a los Cielos, dejó fundado el cuerpo de la Iglesia, pero faltaba a éste el alma, esto es, el Espíritu Santo, que uniera sobrenaturalmente este cuerpo con su Cabeza divina, que es Cristo.

Y el día de Pentecostés, Jesucristo, que tiene el Espíritu Santo por derecho propio, le dió a la Iglesia, no sólo los dones, sino *la misma Persona* del Divino Espíritu.

Desde este momento, *tiene la Iglesia el Espíritu Santo*, que es el vínculo substancial que une al Padre con el Hijo; y lo tiene como en «propiedad», por haberle sido donado «socialmente» y de una manera «permanente», para darlo a su vez a los hombres todos, sin distinción de naciones, uniéndolos con amor sobrenatural.

Y como la paz no puede venir sino de la caridad, y el Espíritu Santo es la caridad, *la Iglesia y sólo Ella tiene poder y misión de dar la paz*, pues quien da la causa da también el efecto.

## POR LA MAJESTAD MISMA QUE LE DAN LOS SIGLOS

Majestad dos veces milenaria, majestad no igualada en dignidad por otra institución alguna, majestad que «ni con las tempestades de la guerra quedó maltrecha, antes, con admiración de todos, salió de ella acrecentada».

*La Historia comprueba esta misión de la Iglesia, depositaria y defensora de la civilización y la paz*.

En cambio, cuantas tentativas hasta ahora se han hecho, fuera de Ella, para asegurar esta paz, «ninguno o muy poco éxito han tenido, sobre todo en los asuntos debatidos con más ardor».

Y «es que no hay — añade Pío XI — *institución alguna humana que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes*, acomodado a nuestros tiempos, como fué el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos. En la que, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas».

Esto fué la Cristiandad medieval, cuya realización, a pesar de sus imperfecciones, sólo fué posible por la aceptación de la autoridad espiritual de la Iglesia.

## ¿IDEAL O UTOPIA?

Si los pueblos admitieran de nuevo esta autoridad, ¿sería una *utopía pensar en la paz*?

No lo demuestra la manera de hablar de los Papas. Veamos, si no, lo que dice el propio Pío XI:

«Cuando las sociedades y los Estados miren como un deber sagrado el atenerse a las enseñanzas y prescripciones de Jesucristo en sus relaciones interiores y exteriores, entonces si que *llegarán a gozar de una paz interna buena*, tendrán entre sí mutua confianza y arreglarán pacíficamente sus diferencias, si es que algunas se originan.»

¿Es esto una utopía?

*Dios no puede dar a la Iglesia una misión utópica.*



Blasfemia sería pensarlo siquiera. ¿Cómo Dios, que es infinito Ideal, va a proponer a los hombres una utopía?

La utopía es algo absurdo, imposible, producto de una imaginación enfermiza.

El ideal, en cambio, es algo realmente posible. Su realización, por parte del hombre, no será absoluta, exhaustiva, sino que, como todo lo humano, tendrá las imperfecciones propias de nuestra limitación, y aún las de nuestra naturaleza caída; pero podrá alcanzarse, de tal manera que, moralmente hablando, pueda decirse que se ha realizado.

La Cristiandad medieval fué una aproximación de este Ideal de sociedad cristiana; limitada en extensión, pues no abarcaba todos los pueblos, y en intensidad, pues adolecía de muchas imperfecciones.

*¿Es aventurado esperar una mayor extensión de este Ideal, hasta comprender todos los pueblos del mundo, y una realización más intensa y perfecta del mismo?*

## OBSTÁCULOS QUE SE OPONEN

Serios obstáculos, es cierto, se oponen a ese Ideal. No es este el momento de exponerlos. Basta decir que la Iglesia de Dios siempre ha tenido grandes luchas, que muchos consideran como hechos aislados, pero que no lo son ciertamente. Así lo han sostenido los Papas, entre

ellos un León XIII, en su Encíclica «Humanun genus», indicando que *desde el principio de la Iglesia ha habido, contra Ella, no sólo guerra, sino guerra organizada*. Por lo menos en los últimos tiempos esto es evidente. A pesar de ello nunca han dudado del triunfo de la Iglesia.

¿Por ventura ha perdido la Iglesia aquel mandato divino o su virtualidad sobrenatural para lograrlo?

## «REINARÉ, A PESAR DE MIS ENEMIGOS»

Es la suprema promesa en que se basa nuestra esperanza. Prenda de ella es la fiesta de Jesucristo Rey, con cuya institución — decía el mismo Pío XI en su Encíclica «Miserentissimus» — «no sólo poníamos en evidencia la suprema soberanía que a Cristo compete en todo el universo, en la sociedad civil y doméstica y en cada hombre en particular, sino que adelantábamos ya el gozo de aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey».

He ahí el Ideal de la Cristinandad, que es mucho más que un hecho histórico: es un Ideal histórico.

A él viene a servir esta revista: a hacer conocer, amar y esperar el Reinado social de Jesucristo, Ideal de la perfecta Cristiandad.

PEDRO BASIL SANMARTÍ



...Dijimos desde el púlpito de nuestra Catedral, en nuestra primera alocución al pueblo barcelonés, y lo repetimos ahora con igual sinceridad, que las primicias de nuestro corazón de Padre y Pastor y nuestro primero y más afectuoso abrazo paternal era para los obreros.

Y dirigiéndonos ahora a las clases patronales y capitalistas, les decimos que, **SI SON CATÓLICOS DE VERDAD, NO PUEDEN MENOS DE CUMPLIR PRIMERO Y ANTE TODO EstrictAMENTE SUS DEBERES DE JUSTICIA SOCIAL Y CONMUTATIVA PARA CON SUS OBREROS**. Sin esto, ningún rasgo de «caridad» para con los mismos sería acepto y agradable a los ojos de Dios.

“La caridad, dice el Papa Pío XI, **nunca será verdadera caridad** si no tiene siempre en cuenta la justicia... Una «caridad» que prive al obrero del salario a que tiene estricto derecho no es caridad, sino un vano nombre y una vana apariencia de caridad. **Ni el obrero tiene necesidad de recibir como limosna lo que en justicia le corresponde** ni puede pretender nadie eximirse con pequeñas dádivas caritativas de **los grandes deberes impuestos por la justicia.**”

(Fragmento de la Carta Pastoral de su Exc. Rdma. Dr. Gregorio Modrego Casaus, con motivo de su entrada en la Diócesis de Barcelona)

## LA CRISTIANDAD POÉTICA Y CABALLERESCA:

## LAS ROSAS



El admirable patio gótico de la Diputación de Barcelona — a la vera de las floridas filigranas «dels tarongers» — sirve cada año de marco a la perpetuidad de una tradición. Las rosas, en la «explosión» primaveral de la Naturaleza, enmarcan el día en que la Iglesia celebra la festividad de San Jorge, patrón de dos grandes pueblos de la Cristiandad. Prototipo del caballero, protector de la inocencia y vencedor del dragón; del Caballero, de esta creación admirable de la Religión, laborando en aquel espléndido Occidente medieval.

La rosa, la más bella de las flores, sirvió de símbolo y perfume a toda una concepción de la vida, a toda una civilización, mejor dicho, a toda una sociedad que nació a la sombra de la Cruz, orgánica, completa, con sus sacerdotes, sus sabios, sus príncipes, sus artistas, sus guerreros, sus doncellas; a una sociedad que, en nuestros tiempos de materialismo, sólo nos parece posible en la leyenda, en la mística o en el arte.

\* \* \*

Por lo que a los santos respecta, la rosa sirve, durante toda la Edad Media, no sólo para testimoniar su beatificación, sino para su justificación. Pocas historias tan tiernas como la de Santa Isabel de Hungría, amante de proteger a los pobres, a escondidas de su esposo, rudo señor, enemigo de socorrer al indigente.

Un día, descendiendo por estrecha senda, Isabel portadora de algunos panes y alimentos escondidos en su manto, se halló sorprendida por la presencia del cruel esposo que regresaba de caza. Lleno de sospechas, éste, al verla curvada por el peso de su fardo, le preguntó irónico: «¿Qué es lo que lleváis?» — «Rosas, señor» — contestó ella. Y abrió su manto, desparrámandose, ante los ojos atónitos de aquél, hermosas flores.

\* \* \*

El nombre de Santa Isabel evoca, siquiera lejanamente, el de Tannhäuser, justificado igualmente por la aparición, milagrosa y simbólica, de un rosal. Y aquí el milagro es bien imprevisto y la bondad de Dios mayor si cabe, ya que Tannhäuser era el más imperdonable pecador de toda la Cristiandad, toda vez que el mismo Papa hubo de rehusar absolverle. Ya es conocida esta legendaria historia que Wagner ha inmortalizado en sus armonías. Era un buen caballero que deseaba contemplar las mayores maravillas del mundo. Empujado por la curiosidad, se atrevió a penetrar en el monte habitado por la diosa pagana Venus, el «Venusberg», camino del infierno, donde permaneció un año encerrado dentro de aquellos pecaminosos hechizos y sortilegios. Sin embargo, tras grandes esfuerzos, consiguió, en heroica reacción, escapar de aquel reino maldito; y,

lleno de arrepentimiento, se dirigió a Roma para obtener la absolución de su pecado.

— ¡Ah, Santo Padre, señor mío — exclamó ante el Pontífice —; confieso el pecado que he cometido; he permanecido un año cerca de Venus, pero me arrepiento, solicito penitencia y saber si podré ver a Dios!

El Pontífice, escandalizado, sabiendo qué clase de hombre era, le rechazó indignado y, blandiendo su bastón seco, lo clavó en tierra, exclamando:

— ¡Tan fácil es que tú puedas obtener la gracia de Dios, como que de este bastón veas brotar rosas!

Pasaron tres días. Y he aquí que el bastón florece. El Papa, maravillado, corre en busca de Tannhäuser. ¡El pecado puede ser tan grande como se quiera, pero la misericordia de Dios lo es más!

\* \* \*

Por el mismo medio — por la mejor de las flores — Dios se dignó, a veces, comunicar con los reyes. El rey Luis cazaba en Alemania, en el lugar conocido hoy por Hildesheim. Habiendo perdido su relicario, corriendo tras el ciervo, mandó por él a uno de sus siervos, que lo encontró dentro de un rosal salvaje, del que no pudo sacarlo. El emperador, admirado, se trasladó en persona a aquel lugar, encontrando en medio del bosque un manto de nieve aislado afectando la planta de una iglesia, en cuya extremidad se hallaba un admirable rosal. Este fué el origen de la actual Basílica de Hildesheim, en donde aun se admira, viviente, el arbusto, de más de seis metros de altura.

\* \* \*





Asimismo, con los santos. En el claustro de Subiaco, en el convento de San Benito, las rosas de San Francisco. Es sabido que San Benito, para domar su carne, se maceraba extendiéndose sobre espinas. Muchos siglos más tarde, San Francisco, visitando aquel lugar, como tocase aquellos arbustos, se cubrieron de rosas encarnadas que, desde entonces, no han cesado de florecer.

\* \* \*

Emblema de la fidelidad, la rosa lo fué, también, del propio amor profano, cuya fuerza supera a la misma fatalidad. La Edad Media no la desconoció, celebrándola en el más trágico de sus poemas: Tristán e Isolda, olvidado durante muchos siglos y popularizado e inmortalizado, también, por el mago de Bayreuth.

Tristán de Leonois, famoso caballero inglés, sobrino del Rey Marck, llega a Bretaña en busca de la bella Isolda, destinada como esposa para su tío y señor. La conocía ya de antes; ella le curó sus heridas, una tarde, cuando cayó moribundo tras cruenta batalla sobre la tierra bretona. Cuando vuelve a verla, Isolda recuerda su antigua aventura, rehúsa ir a vivir junto al Rey Marck y, antes que abandonar a Tristán, pide a su doncella una copa de veneno. Pero ésta, aterrorizada ante la idea de perder a su querida dueña, la engaña. En vez de verter en la copa la bebida de la muerte, echa el filtro todopoderoso del amor. Y lo ofrece a la princesa y al caballero.

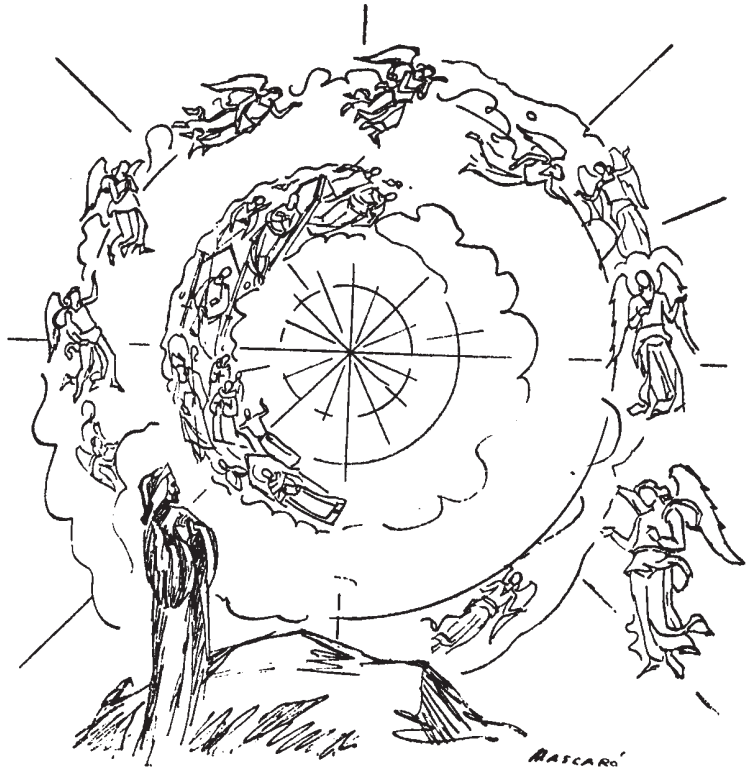
Esto origina largas catástrofes, combates y aventuras. Tristán, sitiado por los soldados del Rey Mark, sucumbe ante el número, auxiliado por el fiel Kurwenald. Isolda muere, al fin, con él, y el buen rey anciano llega sólo a tiempo de perdonarles, ya que no a salvarles. Enterrados a la vera uno del otro, se plantó un rosal sobre la tumba de Tristán y una vid sobre la de Isolda. Y es allí que la rosa aparece como la manifestación suprema del humano sentimiento: «El rosal y la vid — dice el poeta — se enlazaron pronto hasta el fondo del corazón de ambos; el ardiente brebaje del amor conservó su fuerza, aun dentro de estos corazones que habían acabado de latir. Los arbustos se inclinaron uno sobre otro y se entrelazaron amorosamente, cubriendo ambas tumbas.

\* \* \*

Dentro del Cristianismo litúrgico, vemos, en muchos puntos, llamar a la Pentecostés la «Pascua rosata», o Pascua de rosas (en España, menos rica en flores que otros países de Europa y más avanzada en la estación, se la llama Pascua granada). De aquí deriva la antigua y hermosa costumbre pontificia de dedicar a la princesa más piadosa, la «rosa de oro».

Y el espacio nos priva de extendernos en la primera entre las devociones marianas: el Santo Rosario, cadena de quince grandes rosas, que son las divinas fitas de las escenas de nuestra Redención. Simbolismo que converge con aquella inefable visión del Dante, cuando éste admira, en el Paraíso, a la santa Milicia que Cristo, con su sangre, convirtiera en su Esposa, en forma de rosa de deslumbrante blancura (*Paradiso*, XXXI).

*«In forma dunque di candida rosa  
Mi si mostrava la milizia santa  
Che nel suo sangue Cristo fece sposa.»*



La más bella entre las flores, por tanto, recibe el honor supremo de representar, no ya las virtudes humanas más preclaras, sino la misma Iglesia triunfante; en cierto modo, el Cielo es una Rosa.

\* \* \*

Queda otra modalidad simbólica de la rosa, que la Cristiandad medieval, en cierta manera ingenua y humanamente feliz, no pudo ponderar: la de la rosa deshojada.

Es una modalidad misteriosa, ésta de unos pétalos de rosa marchitos y desparramados en aras de un amor que, sin ceder en grandeza al que mueve el Sol y las demás estrellas — «*Amor, che muove'l Sole e l'altre stelle*» —, es amor de sacrificio y de humildad, de impotencia humana dentro del mundo material de nuestros tremendos tiempos. Pero de mayor audacia divina cuanto más humilde e impotente.

Y es un amor auténtico.

*...La rose, en s'effeuillant, sans recherche se donne  
Pour n'être plus.  
Comme elle, avec bonheur, à toi je m'abandonne,  
Petit Jésus!*

*L'on marche sans regret sur des feuilles de rose,  
Et ces débris  
Sont un simple ornement que sans art on dispose:  
Je l'ai compris...*

Teresa del Niño Jesús lo comprendió.

Y esta comprensión, contagiada al pueblo fiel, pudiera hacer florecer de nuevo, sobre tantos sufrimientos y tantas ruinas presentes, otra Cristiandad.

Barcelona, marzo de 1944.

LUIS CREUS VIDAL

# La Cristiandad Medieval, unidad de fe y de cultura

Navidad del año 800. En la Basílica de San Pedro, no la actual, sino la antigua, que databa de los tiempos de Constantino, el Papa León III, más tarde San León III, celebra la Misa Solemne. A ella asiste Carlo Magno, el más poderoso monarca del mundo en su época: el soberano que dominaba la parte de Europa que hoy llamamos Francia, Bélgica, Holanda y Cuenca del Rin, llegando hasta Baviera y Sajonia, el Norte de Italia y parte de Cataluña.

Al terminar la Misa, Carlo Magno se arrodilla ante el altar. En este momento, el Papa le pone en la cabeza una corona y los romanos presentes exclaman: «¡Vida y victoria a Carlos, el más piadoso Augusto, el soberano grande y pacífico, coronado por Dios!»

Después el Papa se inclina ante él y le adora, esto es, le besa en la boca. En adelante, Carlos se llamará *Imperator* y Augusto, omitiendo el título de Patricio. El Papa le unge con óleo santo y también a su hijo. Así dicen los anales.

Queda constituido el Sacro Romano Imperio que, andando el tiempo, se convertirá en el Sacro Romano-Germánico Imperio.

¿Cuál es la profunda significación de este hecho?

«Es la acción de la Iglesia sobre el mundo bárbaro en el momento en que, apenas salido de la nada, espera sus destinos. Es la hora solemne del comienzo de las cosas. Las tinieblas del crepúsculo cubren la grandiosa escena de la Historia, pero el Espíritu divino flota sobre el abismo. La materia social, todavía confusa e informe, se estremece al sentirse fecundada por el soplo creador. Bajo el aspecto caótico y monstruoso que presenta la sociedad naciente, se ven desprenderse, insensiblemente, formas ricas y vigorosas de una creación llena de orden y de armonía. Ya las cimas blanquean en la lejanía, mientras los valles restan aún en la noche. La Iglesia, con los pies en el barro y la frente en la luz, lanza a las tinieblas el *Fiat lux* de la civilización moderna.» (1)

\* \* \*

Navidad del año 800. Prácticamente habíase terminado la emigración de los pueblos; empezaron a dibujarse los países que habían de actuar en la Edad Media y, quebrantada la fuerza expansiva de los árabes desde que aconteciera la derrota de Poitiers, iba a empezar, seriamente, una labor de construcción y unificación sociales y políticas.

San León III se fija en Carlos, el gran monarca franco, y le proclama *Imperator*. La idea fundamental que presidirá aquella labor es la de una cabeza religiosa: el Papa, y otra política: el Emperador, protector y espada del Papa y jefe político de la Cristiandad. Estos dos poderes supremos debían trabajar siempre de acuerdo para bien de los pueblos. Hallóse el fundamento profundo de ello en el episodio de las dos espadas que los Apóstoles presentaron a Jesucristo en la Última Cena (Lucas, Cap. XXII, V. 35-38), poco antes de partir para el Huerto de Getsemaní.

Es decir: fundamentalmente, se quería volver a la reconstrucción de la idea del Imperio Romano, adaptada a las nuevas circunstancias y despojada de las concepciones anticristianas del viejo mundo. Y así, la Cristiandad fué un hecho. «La Europa de entonces, romana en su civilización y católica en sus convicciones, permaneció una,

en el más amplio sentido de la palabra, hasta la segunda década del siglo XVI.» (2)

\* \* \*

Todos hemos soñado, en nuestros catorce años, con visiones evocadoras y sentimentales de la Edad Media. Ellas enmarcan al castillo feudal, rodeado de fosos y murallas, con torres almenadas, en lo alto de un cerro. La castellana, desde el alféizar del ventanal, oye distraídamente las canciones de un trovador. Su corazón está siguiendo las hazañas de su esposo que, cubierto de hierro, avizora a caballo, cual ave de presa, al infiel. Los torneos y los juicios de Dios redondean estas visiones...

\* \* \*

Detrás de estas imágenes había una seria realidad.

Toda Europa era Católica. Cualquier individuo que fuera algo más que un siervo y no se dedicase exclusivamente al servicio de las armas, conocía el latín, la lengua sabia de entonces. La cultura era uniforme. Estos hechos daban una extraordinaria unidad, y un oscuro estudiante cualquiera podía viajar desde Toledo a Trondheim, en Noruega, o desde Londres a Budapest, hallándose siempre en un ambiente semejante al patrio. En cada una de las etapas de su viaje, que duraba varios meses, hallaba albergue nocturno y comida en las casas monásticas, especialmente de Cluny; podía hablar con los monjes en la lengua universal y emprender de nuevo la ruta al día siguiente, después de haber oído Misa, símbolo de una Fe común.

Después de la unidad de lengua, la unidad de cultura. Eran su apoyo las Universidades. La Universidad es de origen eclesiástico. En un principio, eran escasas: París, Bolonia, Salerno y pocas más. Pero los estudiantes acudían a estos centros desde todos los rincones de Europa, y los maestros famosos llegaron a tener millares de alumnos. Difícilmente podemos imaginar en nuestra época — del automóvil y del avión — lo que representaba un viaje a París, desde Polonia o Noruega, para reunirse con otros colegas procedentes de Escocia o de Viena, y beber allí todos de la misma fuente, en excelente hermandad, para extender después la ciencia aprendida a otros círculos menores. La Universidad, en la Edad Media, estaba por encima de todas las fronteras y de todos los nacionalismos.

Una tercera fuente de unidad la constituían las peregrinaciones a los santuarios famosos. Nuevamente, el signo de la Fe es el que une a los pueblos. Las miríadas de peregrinos que cada año afluyen a Santiago de Compostela, procedentes de toda Europa; peregrinos que, solos o en grupos más o menos numerosos, hacían el viaje a pie y en jornadas breves, estableciendo íntimo contacto con el pueblo con el cual convivían, referían costumbres y particularidades de sus países de origen, creando así un sano internacionalismo, al que no nos acercamos hoy ni remotamente.

Ciertamente, Europa, durante la Edad Media, fué una familia de pueblos cristianos, una verdadera Sociedad de Naciones, «en la cual, aunque muchas veces era gravemente violado el derecho, con todo, la santidad del mismo derecho permanecía siempre en vigor, como norma segura conforme a la cual eran juzgadas las naciones mismas» (3).

(1) GODEFROID KURTH: *Les origines de la Civilisation moderne*. Vol. II.

(2) WYNDHAM LEWIS: *Carlos de Europa*.

(3) Pío XI: Encíclica *Ubi Arcano Dei*.



Esta unidad permitió cosechar frutos extraordinarios. Recordemos las Cruzadas —cuya epopeya sobrepasa la leyenda—, en las que la Fe unió a todos los pueblos de Europa para el rescate de los Santos Lugares, y que consiguieron detener, por espacio de varios siglos, la terrible expansión musulmana que amenazaba por Oriente.

La Cultura, después de unos siglos oscuros, se rehace prestamente y llega a un esplendor considerable, no superado, en algunos aspectos, ni siquiera en nuestros días. Recordemos, entre otros, y como más sobresalientes, los nombres de San Bernardo, Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, Duns Scoto, honra de su época; y que lo serían de la nuestra si en la nuestra vivieran. Recordemos al Dante genial y su sublime *Divina Comedia*, que es el poema de la Fe.

Estos resultados no se obtienen de por sí, sin causas muy profundas. Un siglo XIII, que produce hombres como Santo Tomás de Aquino y Dante, no es un siglo cualquiera. Estas figuras no aparecen como flor aislada en medio de los hielos, sino cuando la primavera se halla en plena floración, y el hecho de que su desarrollo sea mucho mayor y su perfume más exquisito, no quiere decir que a su alrededor no se hayan abierto también centenares de otras florecillas más humildes, guardando todas, sin embargo, su fragancia y su valor.

Y toda esta civilización, que creció a la sombra y bajo la protección del Papado, pudo desarrollarse gracias a lo que quedó de la famosa consagración de Carlo Magno, acaecida el día de Navidad del año 800 del Señor.

\* \* \*

Claro está que no todas las cosas ocurrieron con la suavidad que pudiera deducirse de lo expuesto. Al fin y al cabo, debían realizarlas los hombres. Y hombres con todas sus limitaciones y defectos, pasiones, vicios e intereses encontrados. Forzosamente, dadas estas premisas, habían de surgir chispas y choques. Recordemos tan sólo las luchas entre el Papado y el Imperio por la cuestión de las Investiduras, primero, y, al cabo de un siglo, en tiempo de Federico II, emperador de Alemania, la lucha entre éste y el Papa por una cuestión que resucitaba, por desgracia, el Cesarismo.

La escuela de Bolonia vuelve a la vieja concepción romana del Emperador-Pontífice, de la que se apodera ávidamente Federico II, apoyado por sus consejeros, todos ellos procedentes de aquella escuela y que bien pronto adoptan otros soberanos, especialmente franceses, culminando en Felipe el Hermoso.

Y éste fué el pecado capital de la Edad Media. El Cesarismo trae como consecuencia obligada la adulación y, por tanto, la corrupción y la simonía. Esto fué un golpe terrible. Disminuyó considerablemente la influencia del Papado y creció la fuerza de las corrientes contrarias. Pero, a pesar de todo, el impulso sano estaba ya dado, y, por espacio de bastantes años, se marchó adelante.

Balmes, en su famosa obra *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, no tiene otra idea que la de presentarnos este cuadro: unos pueblos jóvenes, salvajes, indómitos, con todos sus defectos, pero con una inmensa energía, que, lentamente, son civilizados por la obra de la Iglesia.

Hasta cierto punto, puede admitirse lo que dice un ilustre historiador acerca de la Iglesia en la Edad Media. «La Iglesia Católica no pudo hacer triunfar sus ideas más que en el tiempo

de su dominación. ¿Cuál fué, pues, este tiempo de dominación de la Iglesia? Según se admite por todos, fué la Edad Media. Es, pues, en la Edad Media cuando la Iglesia hizo triunfar sus ideas. Pues bien, una de dos: o sois cristianos o no lo sois. Si sois cristianos, la Edad Media será la época que ha establecido sobre la tierra el reino de la Verdad y el Bien. Si no sois cristianos, debéis odiar esta época, porque las ideas de la Iglesia, que triunfaron entonces, son para vosotros antinaturales y falsas. La cuestión de la Edad Media se reduce, pues, entre nosotros, a una cuestión sobre la verdad del Cristianismo» (4).

Un grave problema se nos plantea. Si la Iglesia dominó a las naciones, especialmente durante los siglos XII y XIII, ¿por qué razón no completó su obra? ¿Cómo explicar la apostasía de las naciones, prácticamente total, en nuestros días? Pero esto debe ser objeto de otros ensayos.

DOMINGO SANMARTÍ FONT

(4) LEÓN GAUTIER: *Etudes et tableaux historiques*.



## Mandato de S. S. Benedicto XV, que toma por norma "Cristiandad"

«Además, que ni en los libros, periódicos o discursos *ningún particular se arroge, en la Iglesia, la condición de maestro*. Todos saben, ciertamente, a quién ha encomendado Dios dicho magisterio: a él solo le corresponderá el pleno derecho de hablar con libertad cuando quisiere; y es deber de los demás el escucharle con deferencia y prestar atención a cuanto dice.

Sin embargo, en modo alguno está prohibido a nadie, quedando a salvo la fe y la disciplina, sostener el pro y el contra, expresar y defender lo que opine, en aquellas cuestiones en las cuales la Santa Sede no haya emitido su dictamen. Pero que se procure alejar de tales disputas el apasionamiento del lenguaje. Fácilmente podría desprenderse de aquél grave detrimento para la caridad. En buen hora defienda cada uno libremente su parecer, pero con moderación; y absténgase, por sola esta causa, de acusar de sospechoso en la fe o de faltar a la disciplina a quienes sostengan opiniones contrarias a la suya propia.»

# ELOGIO DEL DIÁLOGO Y DE LA TERTULIA

Se ha hecho muchas veces el elogio del silencio. Francisco de Cossío escribía el año pasado, en las páginas de «Domingo», el elogio del monólogo; pero jamás habría elogio tan justificado como el que quisiéramos hacer del diálogo, porque ningún otro empleo del maravilloso don de la palabra está tan conforme con los planes de Dios.

Chesterton alabó muchas veces al Parlamento de su país porque en él se pierde el tiempo de una manera casi tan amable como en las tabernas, sosteniendo que las mujeres, por ser demasiado prácticas, abominan de ambas instituciones. Pero en esta ocasión no seguiremos las paradojas del genial polemista católico, sino que nos remitiremos, para empezar, al pasaje de la Sagrada Escritura que dice que «de cualquier palabra ociosa deberemos dar cuenta en el día del juicio».

Pues bien, en el diálogo, si es diálogo de veras, no hay palabra ociosa: porque cada una (siguiendo el comentario de Torres Amat al versículo aludido de S. Mateo) «redunda siempre en utilidad o para el que la dice o para el que la oye».

El diálogo es el más fino ejercicio del espíritu, que estimula la inteligencia y suaviza el corazón; en el diálogo ejercemos la virtud de la humildad mientras callamos, y enseñamos al que no sabe cuando nos oyen; disfrutamos brevemente del placer, raramente ilícito, de escucharnos, y nos ponemos en las mejores condiciones para saborear el placer de oír a los demás. En un diálogo, aun en el más corto — si es diálogo de veras — siempre aprenderemos algo que no sabíamos, y, sin darnos cuenta, siempre habremos enseñado algo que convenía enseñar.

Incluso nuestro aparato vocal parece haber sido proyectado más para sostener diálogos que para hablar de una manera continua; en efecto, pocos minutos de monólogo producen una fatiga mucho mayor que muchas horas de conversación.

Dialogando se han pronunciado las frases más bellas y se han proclamado las más luminosas doctrinas. En nuestras lecturas nada nos llama tanto la atención como los diálogos; y desde el Rosario, que es la más popular de nuestras devociones, hasta la Santa Misa, que es el más excelso

de los sacrificios, nuestros rezos no son más que diálogos entre almas unidas por el fin común de dirigirse a Dios.

Dejemos el silencio para los que han sacrificado al Señor el uso de su palabra, y para los tristes y desgraciados misántropos; reservemos el monólogo a los infatuados y dementes, a los personajes dramáticos que, como Segismundo o Hamlet, se apartan de la normalidad; y exaltemos, con noble y cristiana alegría, la luminosa libertad del diálogo.

\* \* \*

Pero esta deliciosa alegría del diálogo es tan delicada y sutil, que, con frecuencia, su perfume se desvanece, dejándonos sólo la añoranza de un recuerdo y un ansia siempre defraudada. ¡Cuántas veces habremos deseado revivir el efímero placer de una conversación iniciada en un buque, en un espectáculo público o, acaso, en un bosque, y que sabemos que no se reproducirá jamás!

Aquellas ideas brevemente cambiadas no germinaron, y aquel diálogo, tan agradable, desde luego, como los demás morirá con todo en nuestro recuerdo sin habernos legado utilidad alguna, a falta de otro diálogo que lo amplíe y continúe.

Tal inconveniente viene remediado por la noble y antigua institución de este perenne «diálogo de diálogos» que se llama «tertulia». Todas las cosas buenas y malas de este mundo han nacido al calor de una tertulia y morirán cuando ésta, asolada, quede sin vida.

En una tertulia enseñaba Sócrates, y tertulias fueron la Academia y el Liceo hasta que aquélla fué cerrada al cabo de nueve siglos por orden del Emperador Justiniano. Pues bien: en el mismo año 529, en que con este decreto se extinguía el último hálito de la Civilización clásica, San Benito abrió los cimientos del monasterio de Monte Casino para que, congregando a unos pocos en nombre de Jesús, Él estuviese entre ellos según promete en el Evangelio; y de esta santa tertulia y de las análogas que tomaron ejemplo de ella, nació nuestra civilización medieval en el occidente de Europa.

No es necesario recordar (por ser de sobras conocida de nuestros lec-

tores) la influencia que, en el origen de las revoluciones, han tenido los «clubs» y comités, iniciados a veces, con finalidades muy distintas; y es sabida asimismo la ley general de la Historia según la cual, las nuevas orientaciones en arte y en literatura vienen precedidas siempre por una renovada efervescencia en la vida y actividad de las tertulias artísticas.

Incluso en el desarrollo de la técnica y de los negocios (que uno se imagina tan al abrigo de toda posible influencia de peñas o camarillas), vemos que instituciones cuya eficacia ha alcanzado repercusión mundial, deben su nacimiento más a la camaradería que unió a un grupo de amigos, que a las mismas cualidades de cada uno de éstos. Valgan sólo dos ejemplos, y sea el primero la famosa sociedad clasificadora de buques, primera en su género: el *Lloyd's Register of shipping*.

Nació a mediados del siglo XVIII, en uno de los más antiguos cafés de Londres, propiedad de cierto Edward Lloyd, donde se reunían con frecuencia aseguradores, para cambiar observaciones sobre las características de los buques, y al cabo de un tiempo adquirieron la costumbre de anotar en una lista, que se guardaba en el propio café, el concepto que cada nave les merecía.

El segundo ejemplo es el dado por la famosa Academia Hütte. Fundada en Berlín, el 16 de mayo de 1846, por unos cuantos estudiantes con el único objeto de estrechar sus relaciones de compañerismo y facilitarse apuntes de las asignaturas, daba lugar al cabo de pocos años, al nacimiento de la V. D. I., y emprendía una tarea editorial que culminaba en 1857 con la edición del famoso «Manual del Ingeniero», primero y modelo en su género.

\* \* \*

Como no podía menos de ser, CRISTIANIDAD es también producto de una tertulia. Ella se inició hace quince años por un grupo de estudiantes, entonces «muy» jóvenes, que, bajo sabia dirección, han hecho objeto constante de sus conversaciones la Historia de nuestro país, nuestra cultura y nuestra Religión, a la luz de la verdad revelada y de la Teología.



Nuestra tertulia ha continuado siempre, y ahora sus miembros, unidos por una estrecha amistad, presienten un inicio de madurez que les hace aspirar a dilatar los límites de su círculo.

Doctores tiene la Iglesia, y con sus palabras se escribirá la mayor parte de CRISTIANDAD. Pero en esta sección aspiramos a publicar (sin otras limitaciones que las más obvias, que fijará nuestra dirección) todas las notas que nos remitan nuestros amigos y lectores, cuyas opiniones, según los casos, se contestarán por la Revista desde estas mismas columnas o serán abandonadas a la libre polémica de nuestros comunicantes.

Y ahora, si tú que nos lees, profesas una opinión cualquiera — grave o leve, trascendental o anecdótica — que pueda ser interesante para CRISTIANDAD, toma la pluma y escribe, sin más que empezar murmurando: «¡Veni, Creator Spiritus!».

FRAXINUS EXCELSIOR.

N. R.—Insertamos, a continuación, una carta recibida de uno de nuestros más estimados colaboradores, complaciéndonos en expresarle, desde estas líneas, nuestro agradecimiento más sincero por su muy atinada observación. Ya que realmente la frase a que el mismo alude encierra en sí peligros, muy reales, ante los cuales toda prevención es poca

Barcelona, 29 de febrero de 1944.

Sr. Director de la Revista «Cristiandad».

CIUDAD

Mi distinguido amigo: En el número de prueba de nuestra Revista, y bajo el título de «Hablemos del Cine» aparece una frase sobre la que voy a permitirme hacerle algunas observaciones, con la franqueza que nos hemos prometido mutuamente todos los que, de cerca o de lejos, colaboramos en CRISTIANDAD.

Se dice allí, que en vista del cariz bochornoso que la inmoralidad de la pantalla cobraba en los Estados Unidos, «personalidades DE TODAS LAS CONFESIONES RELIGIOSAS radi-

cadas en Norteamérica — católicos, protestantes (en sus diversas sectas) e incluso israelitas o judíos — levantaron su justa y airada protesta...» Pues bien, en mi modesta opinión, esa y parecidas frases, deben excluirse completamente del léxico de CRISTIANDAD si queremos que la labor de nuestra Revista sea verdaderamente eficaz.

Ha sido táctica constante de la Revolución y de sus hombres, el ir borrando del lenguaje usual las huellas que en él habían impreso largos siglos de cristianismo; las expresiones de: «buenos días nos dé Dios», «Dios os guarde», «hasta mañana si Dios quiere», antes de uso general, van desapareciendo poco a poco, y como éstas, podríamos citar otras muchas. Pero no es eso lo peor, sino que los enemigos de la fe, juntamente con los consabidos tópicos de «hay que respetar todas las ideas», «todos los extremismos son igualmente peligrosos», etc., han conseguido poner en glos de cristianismo; las expresiones antes desconocidas, y que muchos católicos han ido poco a poco adoptando, sin percatarse de su más que sospechoso origen.

Así como la palabra «herejía» suscita todavía en el pecho de los españoles un sentimiento de aversión, y en su mente el recuerdo de las gloriosas luchas que para evitar su difusión sostuvieron nuestros abuelos; el hablar, por el contrario, de las «diversas confesiones cristianas» va preparando el terreno para que, el día menos pensado, se lance alguno a proponer que «las distintas Iglesias cristianas», olvidando sus querellas, se pongan de acuerdo para, entre todas, y en la más perfecta armonía, combatir el moderno paganismo, o el comunismo... ¡A menos que, por el contrario, nos salgan con que es con los comunistas con quienes debemos unirnos, como único medio de combatir eficazmente las injusticias sociales, hijas del liberalismo económico!

Huyamos, pues, nosotros, de tales prácticas, y designemos cada cosa por su verdadero nombre, llamando cismáticos a los cismáticos, y herejes a los que lo sean, y si nos parece que son estas, cuestiones de poca monta, recordemos lo que dice Sardá y Salvany en su opúsculo «NIMIEDADES

CATOLICAS», donde afirma que, para convencernos de lo contrario, basta ver el empeño que nuestros adversarios han puesto y ponen en estas aparentes naderías.

Rogándole dispense la desmedida extensión de esta carta, se despide su afm. amigo, q. e. s. m.

(P. S. D.)

N. R.—Tenemos gusto en reproducir aquí, una carta de un pintor extranjero, de fama europea, que residió temporalmente en España, dirigida en otra ocasión a uno de nuestros redactores, a propósito de la fotografía que aparece en la página central.

(...)

Yo no creo en la autenticidad de la SABANA SANTA, pero venero al insigne Maestro que creó una obra de tan singular majestad.

La admito sin embargo como símbolo, porque en cosas de la fe no me son necesarias ni pruebas históricas ni fotográficas, ya que vive dentro de mí la voluntad más absoluta de creer... Por bien mío y por conocimiento del alma humana, en extremo necesitada de religión.

La conferencia me sumergió en una atmósfera de denso misticismo medioeval, cargada de fe ardiente y de un deseo magnífico de legalizar dicha atmósfera, dejando el sitio a instrumentos modernos (fotografía), cuyo papel era reforzar con pruebas terminantes y científicas lo que la fe quiere ver hecha verdad.

La imagen reproducida es de enorme fuerza emotiva, sobre todo mirando a la deformación de los rasgos por la dolencia mortal que está reflejada con un realismo casi sobrehumano.

Estoy seguro que jamás el arte encontró mejor expresión, y expresión de más patética majestad para esta suprema visión.

Admito sin reservas la SABANA SANTA, sea ella de origen divino o humano, porque tras ella hay un espíritu que es sumum de adoración y expresión, o sea lo máximo que el alma humana puede sentir.

(...)

Barcelona, 1.º de enero de 1943.

Bendecimos de corazón al  
director, redactores y colabo-  
radores de la revista "Cris-  
tiana"; hacemos votos por  
su máxima difusión, y con-  
placidos manifestamos lo  
mucha que esperamos de  
una publicación inspira-  
da en santos y nobles ideales  
que se resumen en aquella  
divina del Apóstol: "Instaurare  
omnia in Christo."

Gregorio, Obispo de Barcelona

6-3-1944

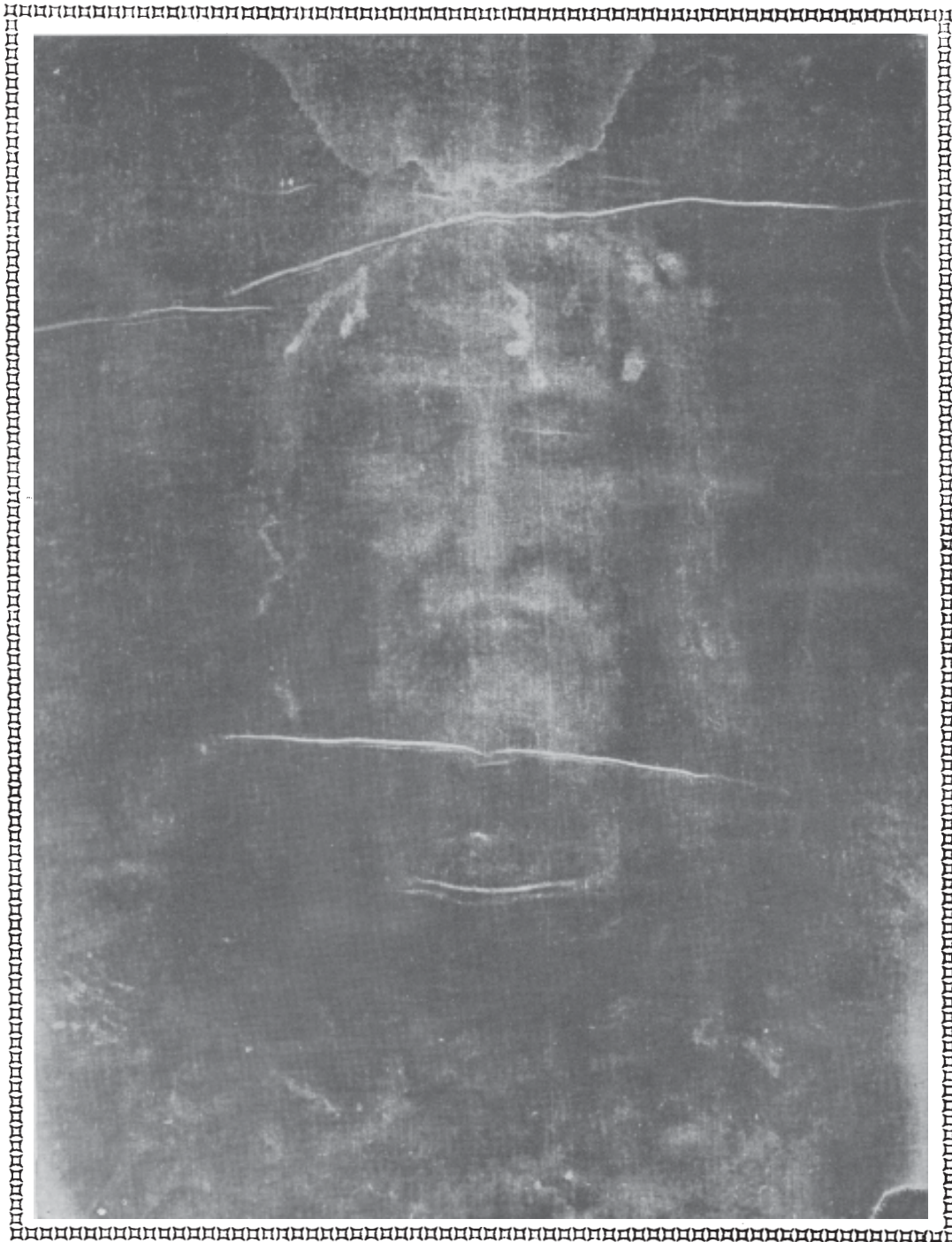


**AL DIRIGIRNOS POR VEZ PRIMERA EN ESCRITO PASTORAL  
A VOSOTROS, V. H. Y AMADOS HIJOS... HEMOS DE REVELAROS  
CUAL SEA LA META DE NUESTROS TRABAJOS PASTORALES...**

"...Ante todo hemos de revelaros claramente cual sea la meta de nuestros trabajos pastorales, cual el fin al que enderezamos, ayudados de la gracia de Dios, todos nuestros actos de gobierno y todas las obras de apostolado que emprendamos y promovamos: mirando el bien particular de cada uno, aspiramos nada menos que a lograr, como noblemente ambicionaba el Apóstol, que cada uno de vosotros sea un verdadero trasunto de Jesucristo, "donec formetur Christus in vobis"; y en cuanto a la proyección social, o bien colectivo que resulte de esa santidad individual, de la actuación de las conciencias sólidamente cristianas, ponemos la mira en lo que era anhelo vehemente del Corazón de Jesús en la noche de sus más encendidos amores y es nuestro lema episcopal como representante de El entre vosotros: "ut omnes unum sint", que todos sean una misma cosa: concretamente, mirando a la grey que el Señor ha encomendado a nuestra solicitud pastoral, que todos los fieles de la Diócesis de Barcelona formemos una verdadera familia trabada con los vínculos dulces y fuertes de la caridad cristiana, y así, a pesar de la diversidad de condiciones económico-sociales que resulta de la inevitable y natural desigualdad de facultades y dotes individuales de los hombres; seamos, como los primitivos cristianos a que se refiere el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles, "Cor unum et anima una", de forma que la diversidad de clases no sirva para crear a unos situación aflictiva y a otros un excesivo y refinado gozar de la vida, sino que, supuesta la fiel observancia de la justicia social y conmutativa, la caridad cristiana, generosamente practicada en toda la especificación de las obras de misericordia cause, en medio de la variedad, la unidad que era el anhelo del Corazón de Jesús..."

(Fragmento de la Carta Pastoral de su Exc. Rdma.  
Dr. Don Gregorio Modrego Casaus, anteriormente citada).





(Fot. ENRIE - Registrado - Prohibida toda reproducción)

## VULTUS D. A. JESU CHRISTI E SANCTA SINDONE

**H**e aquí la estampa más sugestiva, más hermosa, más estimable que imaginar se pueda. Viene directamente de ese objeto todavía misterioso, pero ciertamente no de factura humana: (esto puede tenerse ya por demostrado) me refiero al Santo Sudario de Turín. Decimos misterioso, porque son muchos los misterios que envuelven aún esta cosa sagrada. Pero lo indudable es que es cosa sagrada, cual quizás ninguna en el mundo. Y seguramente puede afirmarse ya desde ahora que resalta de la manera más positiva, dejando de lado toda idea preconcebida de fe o de piedad cristiana, que no es en modo alguno obra del hombre.

SS. PIO PP. XI

5 de septiembre de 1936

(Osservatore Romano, 7-8 septiembre 1936)

FACSIMIL DEL NEGATIVO FOTOGRAFICO POR CULTORES SANCTÆ SINDONIS - DELEGACION PARA ESPAÑA • PARA NOTICIAS, CONFERENCIAS, DOCUMENTALES E ICONOGRAFIA SOBRE TAN SAGRADA RELIQUA, DIRIGIRSE A CRISTIANDAD

# RECUERDOS DE CRISTIANDAD

Al abrir, bajo este título, una sección de documentos en nuestra Revista, puede parecer que perseguimos un complemento de erudición, pero nuestro intento se funda en otro objeto. Lejos de representar esta sección un complemento, aspiramos a que sea una avanzada de Cristiandad donde, bajo la autoridad de firmas santas, ilustres o muy respetables, nos hable la Tradición católica, esta fuerza incomparable de la Iglesia que CRISTIANDAD viene a recoger y a servir. Que de ello se seguirá, a la vez, la formación de un archivo útil y de mucho interés, no lo dudamos, y desde ahora, con satisfacción, lo ofrecemos a nuestros lectores.

Y vamos a cerrar la pluma para dar paso, en este primer número, a una selección de juicios sobre la Cristiandad. Hemos escogido los Pontífices de nuestros tiempos, una representación de diversas escuelas católicas y también de pensadores sinceros no militantes en la Iglesia, y los hemos agrupado en tres exposiciones que representen: la visión retrospectiva, la realidad actual y nuestras esperanzas.

**Si alguien de sano juicio compara esta edad en que vivimos —tan hostil a la Religión y a la Iglesia de Cristo— con aquellos tiempos tan felices en que los pueblos honraban a la Iglesia como Madre, verá en seguida que nuestra época llena de disturbios y de destrucción se precipita derecha y velozmente a su perdición; y que aquellos tiempos florecieron con instituciones excelentes, con la tranquilidad de la vida, con riquezas y prosperidad en tanto mayor grado cuanto que los pueblos se mostraron más dóciles al gobierno de la Iglesia y más observantes de sus leyes.**

LEÓN XIII.—*Enc. Inscrutabili* (1878)

Un hombre que no es del mundo y que es como el alma del mundo; un hombre retirado del mundo y que está en relación con todo el mundo, con los Papas y Emperadores, con los reyes y reinas, con los príncipes y obispos, con monjes y soldados, con los sabios e ignorantes, con los habitantes de las ciudades y los anacoretas del desierto, con el Occidente y con el Oriente; un hombre, un monje que sólo respira soledad y que gobierna al mundo y a la Iglesia por la atracción de su palabra, el ascendiente de su genio, el prodigio de sus virtudes y la virtud de sus prodigios, un hombre, el más suave y el más firme de los hombres, que domina a los caracteres más indomables, apacigua las guerras civiles y las disensiones religiosas, un hombre que recuerda sus deberes a todo el mundo y que es amado por todos, este hombre es San Bernardo; y el siglo que así supo honrar al genio y a la virtud es el Siglo XII.

**San León III. Siglo IX**  
**Silvestre II. Siglo X**  
**San Gregorio VII**  
**Siglo XI**  
**Urbano II. Siglo XI**  
**Alejandro III**  
**Siglo XII**  
**Inocencio III**  
**Siglo XIII**

★

**Montecassino. Siglo VI**  
**San Benito**  
**Cluny. Siglo X**  
**San Odón**  
**Cister. Siglo XII**  
**San Bernardo**

★

**Carlomagno. Siglo IX**  
**Enrique el Santo**  
**Siglo XI**  
**Godofredo de Bouillon**  
**Siglo XI**  
**San Eduardo. Siglo XI**  
**San Fernando**  
**Siglo XIII**  
**Jaime el Conquistador**  
**Siglo XIII**  
**San Luis. Siglo XIII**

ROHRBACHER  
*H. U. de l'E. C. T. VIII*

El Pontificado vive en virtud de su propio derecho, que no le otorgó potestad humana alguna; posee un derecho absoluto e independiente que sirve de salvaguarda a todos los derechos del humano linaje; es la garantía de todos los derechos, del derecho del emperador, rey o presidente, y del derecho del simple ciudadano, del derecho del rico y del derecho del pobre.

TORRAS Y BAGES  
*«Actualidad perenne del Pontificado»*

No, no se encuentra en los fastos de la Historia un acontecimiento más colosal que el de las Cruzadas; no se encuentra tampoco una institución más generosa y bella que la de las órdenes militares.

En comparación de ese memorable acontecimiento de las Cruzadas, ¿a qué se reducen las hazañas de los griegos cantadas por Homero? La Grecia se levanta para vengar el ultraje de un esposo, la Europa para rescatar el sepulcro de un Dios.

BALMES

*«El Protestantismo.»*

La Cristiandad es esta gran familia de pueblos y de individuos cristianos unidos entre sí por los lazos de una misma fe, de una misma esperanza, de una misma caridad, de un mismo culto, *bajo el gobierno religioso de un mismo jefe, de un mismo padre o Papa, el vicario de Jesucristo.* Esta gran familia se manifestó al mundo en toda su potencia cuando, a la voz de su jefe, más de un millón de combatientes se enrolaron bajo el estandarte de la cruz, puesto que esta gran familia de Dios tiene que combatir sin cesar. Continuamente está amenazada, sufriendo ataques interna y externamente: en su interior por las herejías, por divisiones intestinas, por las pasiones anticristianas; en el exterior, por las potencias o naciones anticristianas. Pero también, en pos de Dios y bajo su protección, siempre está advertida y defendida, interior y exteriormente, por su Jefe, el Papa, con los obispos, príncipes, pueblos e individuos que le secundan. *El recuerdo fiel, la narración comprensiva de estos combates, tal es la verdadera historia de la Iglesia católica.*

ROHRBACHER

*«Histoire Universelle de l'Eglise Catholique» - Tome VIII*

Muchas veces, pero sobre todo en la Edad Media, le ha sido ofrecida a la Iglesia la potestad política por los pueblos; momentos ha habido que sólo la Santa Sede apareció como única autoridad respetada; largos períodos en que toda la legislación de todas las naciones de Europa, o salió directamente de los Concilios, o fué una mera reproducción de los Cánones Conciliares.

Sin exageración pudiera decirse que, desde la conversión de Constantino hasta la rebelión de Lutero, todo el



cuerpo de las ciencias jurídicas, desde los principios más universales del Derecho Natural hasta el último Código de procedimientos, fué o tendió a ser una aplicación de la doctrina social enseñada por la Iglesia; así como todas las instituciones políticas o civiles fueron un reflejo de su organismo.

Y, sin embargo, ¿qué uso hizo la Iglesia del colosal poder efectivo que este influjo moral ponía en sus manos? ¿Le explotó para adjudicarse territorios? ¿Le aprovechó para monopolizar la gobernación política y el régimen civil de los pueblos? ¿Qué potestad legítima usurpó en parte alguna? Llegó a poseer, es cierto, grandes riquezas; llegó a gozar, es cierto, de grandes privilegios e inmunidades; pero esto ¿fué resultado de captaciones ambiciosas o de hábiles amaños? No, sino de la gratitud de los pueblos, y a veces del interés de los príncipes. Los pueblos comprendían intuitivamente que sólo la sabiduría y la caridad de la Iglesia podrían y querrían administrar los bienes temporales de modo que, ora considerados como instrumentos de producción, ora como objetos de consumo, mantuviesen entre ricos y pobres, y en todo el contexto de la vida económica, aquel equilibrio que sólo la caridad prudente podrá mantener, digan lo que quieran esos otros arbitristas pedantes que, con el nombre de «economía política», han llenado el mundo de doctrinas huecas y de mecanismos artificiosos, los unos ineficaces, los otros generadores de esta guerra social llegada hoy ya a término tan terrible. En cuanto a los príncipes, al otorgar a la Iglesia riquezas y privilegios, bien sabían que era tanto como poner a rédito el capital de poder y autoridad que poseían ellos mismos. Y la Historia ulterior enseña bien que no se equivocaban; véase lo que ha sido de su autoridad y de su poder desde que retiraron ese capital de manos de la Iglesia.

Pero, ¿qué uso — vuelvo a preguntar — hizo la Iglesia de esas fuerzas materiales, adquiridas con tan legítimo título? Junto al templo puso, como un nido al abrigo de las tempestades, el Concejo, la libertad municipal. Junto al templo puso las Universidades y las Escuelas para establecer en el cultivo de los entendimientos del pueblo aquel equilibrio que, impidiendo la formación de «castas científicas», impidiese la esclavitud a que por su naturaleza misma está condenada la ignorancia. Junto al templo puso los hospitales y todo género de institutos de caridad, que fuesen estímulo perpetuo a la liberalidad del rico y

escuela práctica y garantía de la paciencia del pobre. Dentro del templo, abrió una exposición perpetua de las artes y de la industria y una especie de certamen permanente en que arquitectos, pintores, escultores y músicos, se adiestraban a porfía en la no fácil tarea de aplicar los vuelos del ingenio y las inspiraciones del corazón al perfeccionamiento moral de aquella «plebe santa» que los orgullosos artistas y poetas paganos llamaban «profanum vulgus».

Cuando la verdad se ocultaba avergonzada en los palacios de los príncipes, o huía temerosa de las turbas amotinadas, cobijábase en el templo y, allí, resonando desde el sagrado púlpito, iba luego a paralizar el brazo de los opresores y a contener el ímpetu rencoroso de los oprimidos. ¿Qué virtud, qué derecho dejaron de hallar en el templo amparo siempre, muchas veces trono? ¿Qué infortunio dejó de hallar asilo siempre, muchas veces reparación? En el templo y por el templo se constituyeron aquellas «familias», de cuyo recinto salían legiones de Santos y de héroes a defender, contra injustos invasores, la religión, la patria y la libertad. En el templo se fundó aquel Estado erigido sobre el firme fundamento de una autoridad consagrada y de una muchedumbre para quien, por consiguiente, el grito de rebelión era no sólo crimen político, sino sacrilegio. Allí el príncipe ungido aprendía a mirar con respeto y a amar como padre, a aquel pueblo a quien dentro del templo y ante el altar de Jesús, «padre de los pobres», veía proclamado por la Iglesia partícipe y heredero de los mismos tesoros espirituales que él. Del templo salía santificada la autoridad, y garantizada la libertad. ¿Quién enseñó a los pueblos que eran entre sí hermanos? ¿Quién enseñó a los príncipes que eran también hermanos entre sí y primogénitos cada cual en el pueblo a quien regían? Pues, quien eso enseñó, fundó aquella unidad vastísima, admirable, que se llamó la Cristiandad, y que era un pacto de alianza entre todos los príncipes y todos los pueblos sellados con la sangre de Jesucristo. Y eso lo enseñó la Iglesia. Y al enseñarlo trazó el bosquejo y formó el núcleo de esta magnífica asociación universal, de este, diría yo, «cosmopolitismo santo», a quien hoy la revolución desfigura y adultera, dándole como verbo «La Internacional».

GABINO TEJADO  
«El Catolicismo liberal»

### Tres escritores heterodoxos dan testimonio de la Cristiandad

Cuando hablamos de una transición de la historia moderna a la Edad Media es una manera de expresarnos. El paso no es posible sino a una nueva Edad Media, no a la antigua. Por esto debe considerarse este acontecimiento como una revolución del espíritu, como una actividad creadora hacia adelante, pero de ninguna manera como una «reacción», como se les antoja a los «progresistas» a los que hace temblar debido a su propia degeneración. En fin, es hora ya de que se acabe el hablar de las tinieblas de la Edad Media y el oponerles la antorcha de la Historia moderna. Opiniones demasiado bajas — permítaseme la frase — para estar a la altura de los conocimientos históricos contemporáneos. No es necesario idealizar a la Edad Media, como han hecho los románticos. Sabemos muy bien cuáles son sus aspectos negativos y verdaderamente tenebrosos: la barbarie, la grosería, la crueldad, la violencia, la servidumbre, la ignorancia en el terreno de los conocimientos positivos de la naturaleza, un terror religioso en proporción del horror a los sufrimientos infernales. Pero sabemos también que los tiempos medievales fueron eminentemente religiosos; que iban arrasados por la nostalgia del cielo; que ésta, convertía a los pueblos en como poseídos de una locura sagrada. Sabemos que la cultura de la Edad Media estaba dirigida hacia lo trascendental y el más allá, debiendo a una alta tensión del espíritu — tensión cuyo equivalente ignora la Historia moderna — su orientación hacia la escolástica y la mística, a las cuales pedía la solución de los problemas

supremos del ser. Los tiempos medievales no prodigaban su energía en lo exterior sino que preferían concentrarla en lo interno: ellos forjaron la personalidad bajo el aspecto del monje y del caballero; en esos tiempos bárbaros florecía el culto a la castellana y los trovadores entonaban su canto. Quiera Dios que reaparezcan estos rasgos en la nueva Edad Media.

N. BERDIAEFF  
«Una nueva Edad Media»

El poder de los Papas impedía al despotismo llegar a ser atroz; así, no encontramos, en esos tiempos de tinieblas, ningún ejemplo de tiranía parecida a la de Domitiano en Roma. Un Tiberio era imposible: Roma lo hubiera aplastado. Los grandes despotismos se producen cuando los reyes se persuaden de que no existe poder superior al suyo.

COQUEREL  
«Essai sur l'histoire du Christianisme»

El medio de asegurarnos la paz perpetua y de volvernos al siglo de oro sería que los Papas recobraran la autoridad que tenían en tiempo de Nicolás I o de Gregorio VII.

LEIBNITZ

SELECCIÓN POR J. M.<sup>a</sup> M. F.



**«...SI TODAVÍA ALGUNO NO ESTUVIESE DESPIERTO, LA REALIDAD TRÁGICA LO SACUDIRÍA CON LAS PALABRAS DEL PROFETA: ¡SORDOS, OÍD, Y CIEGOS, VED!»**  
(Pío XII)

El tono de los documentos pontificios es, en nuestros tiempos, particularmente grave: bien puede decirse que dramático. Hablan de los males que nos aquejan o que nos amenazan con frases tan ponderativas, que superan toda metáfora. ¿Tan grave es pues el estado de la Sociedad actual, tan terrible el peligro que corre una civilización que conserva todavía el nombre de cristiana?

Ciertamente, tan terrible es; seis pontífices nos lo van advirtiendo desde hace cien años. Ved en estos fragmentos de sus respectivas primeras Encíclicas la impresión que este espectáculo les produce.



**Pío IX**

**Encíclica «Qui plúribus»**

**9 de noviembre de 1846**

Conocéis también, Venerables Hermanos, otra clase de errores y engaños monstruosos con que los hijos de este siglo atacan a la Religión Cristiana y a la autoridad y leyes divinas de la Iglesia; con que intentan conculcar los derechos del poder sagrado y civil.

Tales son las maquinaciones nefandas contra esta cátedra romana de San Pedro, en la que Cristo puso el fundamento inexpugnable de su Iglesia.

Tales son las sectas clandestinas, salidas de la oscuridad para ruina y destrucción de lo sagrado y lo profano...

Tales son las astutas sociedades bíblicas que, con las artimañas que han usado siempre los herejes, no cesan de adulterar los Libros Sagrados...

Tal es el sistema temible, diametralmente opuesto a la luz natural de la razón, de la indiferencia religiosa... Con él aseguran que en todas las religiones pueden conseguir los hombres su salvación eterna...

Tal la conspiración vergonzosa contra el celibato clerical...

Tal el sistema perverso de enseñanza (principalmente en las ciencias filosóficas), con que se engaña y corrompe lastimosamente a la juventud desprevenida...

Tal la doctrina nefasta que llaman ahora «comunismo», completamente contraria al derecho natural...

Tal las insidias tenebrosas de aquellos que, vestidos con piel de oveja mientras por dentro son lobos rapaces, con una apariencia engañosa y falsa de la más pura piedad, de la virtud y disciplina más severa, se insinúan a la callada, captan con blandura, atan suavemente, matan a ocultas, apartan de toda religión a los hombres, y dispersan y destrozan las ovejas del Señor.

Tal, por fin, la propaganda infame, tan esparcida en volúmenes y folletos que vuelan por todas partes y enseñan a pecar...



**León XIII**

**Encíclica «Inscrutabili»**

**21 de abril de 1878**

Desde los primeros instantes de nuestro pontificado, se nos ha presentado ya el espectáculo de los males que oprimen por todas partes al género humano.

La subversión general de las verdades más altas, en las que se apoya como en su fundamento el orden social; la altivez de los caracteres que no pueden soportar ninguna autoridad legítima; una causa permanente de disensiones que no cesa de producir luchas civiles y guerras atroces y cruentas; desprecio de las leyes que rigen las costumbres y protegen la justicia; un deseo tan insaciable de las cosas mudables y un olvido tal de las eternas que,

por su causa, gran número de desgraciados, enloquecidos completamente, no retroceden ante el suicidio; una irreflexiva administración, despendio e inversión de los bienes públicos; la desvergüenza de aquellos que, en el mismo instante en que cometen los mayores atropellos, intentan presentarse como si fueran los defensores de la Patria, de la libertad y de todos los demás derechos; finalmente aquella peste mortal que se insinúa, como una serpiente, por todas las clases de la sociedad humana y no le deja un momento de reposo, preparándole nuevas revoluciones y desenlaces calamitosos.

Estamos persuadidos de que la causa de todos estos males reside principalmente en esto: que se desprecia y rechaza la santa y augusta Autoridad de la Iglesia, que preside el género humano en nombre de Dios, y que es la defensora y vindicadora de toda la autoridad legítima.

(...) Os recordamos este funesto cúmulo de males, Venerables Hermanos, no para aumentar la tristeza que este desgraciado estado de cosas os causa, sino porque comprendemos que a su sola consideración veréis inmediatamente cuán graves son los asuntos que solicitan nuestra atención y celo, y con qué gran esfuerzo debemos trabajar para defender y garantizar contra tantas asechanzas a la Iglesia de Cristo y a la dignidad de esta Santa Sede.



**Pío X**

**Encíclica «E supremi Apostolatus». 4 de octubre de 1903**

...Finalmente, para no citar nada más, nos espantaba sobre todo la condición más triste en que se encuentra actualmente el género humano; de nadie, en efecto, pasa desapercibido que la Sociedad humana está atacada en nuestros días más que en otra época ninguna, de una enfermedad gravísima y profunda. Esta enfermedad, que se agrava de día en día, ataca a la sociedad en lo más íntimo y la arrastra a la ruina.

Ya entendéis, Venerables Hermanos, cuál es esta enfermedad: el abandono de Dios y la apostasía. Pues nada hay que sea causa más próxima de ruina que esto, según dijo el Profeta: «porque he ahí que los que se separan de Ti perecerán».

(...) El que reflexiona sobre estas cosas, razón tiene para temer que la actual perversión de los espíritus sea ya una especie de exordio a los males que están anunciados para los últimos tiempos, y de que el «hijo de perdición» de quien habla el Apóstol no se encuentre ya entre nosotros. Tan grande nos aparece la audacia y el furor con que se ataca por todas partes a la piedad religiosa, se contradice a los documentos de la verdad revelada, o se intenta suprimir y borrar todo rastro de relación del hombre con Dios.

En cambio (y ésta es una de las notas que el mismo Apóstol atribuye al Anticristo), el mismo hombre, con

temeridad inaudita, invade el lugar de Dios, «elevándose sobre todo lo que lleva el nombre de Dios». Hasta el extremo que, incapaz de extinguir del todo en sí mismo el conocimiento de Dios, rechaza, sin embargo su majestad, y se dedica a sí mismo este mundo, como un templo en el que debe ser adorado por los demás: «sentado en el templo de Dios, y mostrándose como si fuera Dios».

## **P** benedicto XV *Encíclica «Ad beatissimi»* 1 de noviembre de 1914

Así que por primera vez pudimos contemplar desde lo alto de la dignidad apostólica, de una sola mirada, el curso de las cosas humanas, nos sentimos afligidos por un vivo dolor al observar la situación deplorable de las naciones. Como, en efecto, habría sido posible, siendo el Padre común de todos los hombres, que nuestro espíritu no se preocupara intensamente por el espectáculo que presenta tanto Europa como el resto del mundo; espectáculo que es tal vez el más atroz de que hayan habido memoria los hombres.

Parece verdaderamente que hayan llegado aquellos días que Jesucristo predijo: «Oiréis... guerras y rumores de guerras..., pues se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino» (Mt. 24, 6).

Por todas partes domina la imagen tristísima de la guerra, ni hay casi otro tema que ocupe los pensamientos de los hombres. Luchan las naciones más opulentas y más poderosas: ¿qué tiene de extraño si, bien provistas de los medios espantosos que el arte militar moderno ha descubierto, se esfuerzan en destruirse mutuamente con una refinada barbarie?

Ya no hay límites a las ruinas y a la carnicería; cada día la tierra se riega con sangre nueva, y se cubre de heridos y muertos. Al ver a unos pueblos luchando contra otros, ¿quién diría que proceden de un mismo tronco, que participan de una misma naturaleza y que forman parte de una misma sociedad humana? ¿Quién reconocería en ellos a hermanos, que tienen un mismo Padre celestial?

## **P**ío XI *Encíclica «Ubi Arcano Dei»* 23 de diciembre de 1922

Maravilla ver cuán bien cuadran a nuestra época aquellas palabras de los profetas: «Esperábamos la paz, y no hemos obtenido ningún bien; tiempos de reposo, y he ahí el temor» (Jer. 8); «Esperábamos la luz y estamos en tinieblas; la justicia, y no la hay; la salud, y se ha alejado de nosotros» (Is. 59).

Pues si en Europa se han depuesto las armas, no obstante ya sabéis que... en todos los países en que hace poco se luchaba no se han quietado los antiguos rencores, sino que siguen manifestándose, bien encubiertamente en la política y en los asuntos financieros, bien de modo manifiesto en diarios y revistas; más aún, invaden terrenos que por su naturaleza misma (como el arte o las letras) parecen completamente ajenos a la aspereza de la lucha.

Todas las naciones experimentan los efectos de la pasada guerra. De un modo especial, las que la sufrieron; pero no poco también las que se abstuvieron de entrar en ella.

Estas molestias, a causa de la tardanza en encontrar el remedio, van haciéndose de día en día más intolerables. Sobre todo, por el hecho de que las muchas reuniones de los hombres de Estado celebradas hasta hoy, no han tenido resultado alguno.

Por todo lo cual, y agravándose el temor de que esta situación desemboque en otra guerra todavía peor, nace en todos los Estados la necesidad de vivir en pie de guerra; por cuya causa, no sólo se agotan los erarios, sino que se consume el vigor de la raza, y se perturban los estudios, la moral y la Religión.

## **P**ío XII *Encíclica «Summi Pontificatus»* 20 de octubre de 1939

Narra el Sagrado Evangelio que, cuando Jesús fué crucificado, «las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra»; símbolo espantoso de lo que ha sucedido y sigue sucediendo espiritualmente dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí misma, ha excluido de hecho a Jesucristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo, ha sacudido también la fe en Dios.

Los criterios morales, según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído, como por consecuencia, en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad, que ha hecho cada vez más rápidos progresos, sustrayendo al hombre, a la familia y al Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas: «las tinieblas se extendieron mientras crucificaban a Jesús».

Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como una liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieran retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que libra y el error que reduce a la esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios infinitamente sabia y paterna..., se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable. Hablaban de progreso cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para substituir la ley de Cristo por algo que la iguale; se «infatuaron en sus pensamientos».

(...) Ciertamente que cuando Europa fraternizaba en idénticos ideales recibidos de la predicación cristiana, no faltaron disensiones, sacudidas y guerras que la desolaron; pero, tal vez, no se experimentó jamás de un modo más penetrante el desaliento sobre la posibilidad de arreglo.

Entonces estaba viva aquella conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito, que posibilita los acuerdos, mientras refrena el desencadenarse de las pasiones y deja abierto el camino a una honesta inteligencia. En nuestros días, por lo contrario, las disensiones no provienen únicamente del ímpetu de pasiones rebeldes, sino de una profunda crisis espiritual, que ha trastornado los sanos principios de la moral privada y pública...

¿Exagerarán los Papas? ¿Exagerarán al ejercer por primera vez, a la faz de todo el mundo, su magisterio universal?

Sus palabras traducen temor, no desaliento; y no se paran en describir los males de la Sociedad moderna sino para correr a procurarles remedio.

Exponer cual sea este remedio, que los romanos Pontífices nos ofrecen, es la última razón de ser de «CRISTIANDAD».

El próximo número irá dedicado a la figura del Papa Pío XII, felizmente reinante.



# EL GRAN PROBLEMA DE LA SOCIEDAD MODERNA

¿Cómo es que la Sociedad Moderna se ve amenazada del más espantoso despotismo, en el momento en que creía haber alcanzado el máximo de su libertad?



CONDE JOSÉ DE MAISTRE  
1753-1821

“Dos hombres, de penetración casi profética, intentan resolver el problema de los destinos de la Iglesia y de la Humanidad:  
JOSÉ DE MAISTRE y DONOSO CORTÉS

## La visión de Donoso:

“Este nuevo Paganismo está condenado a muerte”.

## La visión de De Maistre:

“Todo anuncia que vamos hacia una gran unidad. Somos pulverizados para ser amalgamados”.



D. JUAN DONOSO CORTÉS  
Marqués de Valdegama  
1809-1853

Gracias a Dios no tenemos necesidad, para esperar firmemente en un porvenir mejor, de hacernos ilusiones sobre los males presentes y entregarnos a lo que Donoso Cortés llamaba el *fatalismo de la misericordia*.

Reconocemos, con este ilustre escritor, que la sociedad moderna lleva en su seno los principios mortíferos de su destrucción, que el mal prevalece sobre el bien por el número, por la audacia y por la actividad de sus agentes y que *naturalmente* debe vencer.

Pero añadiremos con él que, si el mal ha triunfado siempre del bien por la acción de las causas naturales, el bien siempre ha llevado la ventaja sobre el mal por la intervención divina, y esperamos que éste será el fin de la crisis que sufre la sociedad cristiana desde hace trescientos años.

## LAS DOS ESCUELAS

Tenemos, pues, igual derecho a invocar en favor de nuestra tesis a los campeones de las dos escuelas que, para resolver el problema de los destinos futuros de la Iglesia y de la Humanidad, sostienen las más opuestas opiniones. A la cabeza de estas escuelas están dos hombres dotados, aunque en grados diversos, de una penetración genial casi profética: José de Maistre y Donoso Cortés. Opuestos en apariencia en sus conclusiones, estos dos ilustres defensores de la Iglesia no lo son en modo alguno en sus principios, y su aparente oposición nace únicamente de sus diferentes puntos de vista.

### Porvenir de la Sociedad Moderna

El publicista español, cuando medita sobre el porvenir de la Sociedad moderna, fija especialmente su atención sobre la obra humana, y bajo sus brillantes apariencias descubre su irremediable caducidad.

«Yo he visto — dice — dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas levantadas en lo alto por la sabiduría humana; la primera cayó al ruido de las trompetas socialistas. Y, en presencia de este espectáculo tremendo, me pregunto a mí mismo, con terror, si la sabiduría humana es otra cosa sino la vanidad y aficción del espíritu. No se me oculta que hay hombres de un optimismo invencible, para quienes es una cosa evidente que la Sociedad no ha de caer porque ha caído ya, y a cuyos ojos el nublado, lejos de crecer, se va desvaneciendo por los aires. Para ellos, la Revolución de Febrero fué el castigo y lo que viene es la misericordia. Los que vivirán verán, y los que vean se asombrarán, al ver que la Revolución de Febrero no fué más que una amenaza y ahora viene el castigo.» (Carta a los redactores de *El País* y del *Heraldo*. Berlín, 16 de julio de 1849.)

Nosotros no tenemos más que motivos para creer en la realidad de estos tristes pronósticos. La crisis de febrero de 1848, está lejos de haber manifestado todos los gérmenes de muerte que nuestras sociedades sin Dios ocultan bajo su aparente esplendor, y la reacción que ha seguido a esta crisis está más lejos aún de haber sofocado estos gérmenes. La enfermedad social, después de este tiempo, se ha agravado considerablemente en las almas, y parece imposible que, tarde o temprano, no se manifieste en hechos.

### Los ciegos optimistas

Donoso Cortés tiene entera razón en combatir a los ciegos optimistas, que fundan su esperanza en el esplendor engañoso con que el egoísmo y el exceso de lujo adorna la superficie de la sociedad, al tiempo que devora sus entrañas. Sí, está condenado a muerte este paganismo renaciente, y su muerte será más vergonzosa y más horrible que la del antiguo paganismo, porque es mil



veces más culpable en su rebelión contra la verdad, y más inexcusable en su repugnante sensualismo.

Sobre este punto, no dudamos que De Maistre tenga otra convicción que la de Donoso Cortés. Jamás ha creído que la Revolución terminara en 1814, y jamás ha dudado de que estuviera destinada a derribar a fondo el edificio que los hombres habían tratado de construir al margen de Dios.

### La santa Iglesia Romana, manantial de vida divina

Y, sin embargo, De Maistre no ha cesado un momento de esperar, como resultado de la terrible crisis que sufre la Sociedad moderna, un triunfo magnífico para la Iglesia de Jesucristo. Es que, en el seno de este caos producido por los errores de las pasiones del hombre, veía la acción del Espíritu Creador. No se le ocultaba que nuestra sociedad occidental había merecido mucho más que la oriental ser rechazada por Dios y abandonada a la ceguera de un cisma o a la tiranía de cualquier nuevo Mahoma. Pero, en medio de esta Europa tan culpable, veía él lo que el Oriente no había poseído jamás, el manantial inagotable de la vida divina: la santa Iglesia Romana, siempre fecunda mientras que todo a su alrededor se torna estéril, siempre joven mientras todas las instituciones políticas del pasado envejecen y caen, siempre vigorosa mientras que las instituciones políticas actuales parecen atacadas de esterilidad desde su nacimiento. Veía al divino Esposo de la Iglesia renovar, para la gloria de su Esposa bien amada, las maravillas de los primeros días, enviándole santos pontífices, doctores inspirados, apóstoles, mártires y taumaturgos; veía a los institutos religiosos florecer en medio de las ruinas de las antiguas órdenes monásticas y a la vida renacer más abundante y fuerte sobre este suelo que la barbarie revolucionaria había convertido en un desierto.

Sus ojos de vidente abrazaban un horizonte más vasto aún. Seguía en el curso de los siglos, el trabajo de la Providencia, ocupada constantemente en preparar el reino de Jesucristo, y en constituir la grande unidad que debe hacer de la tierra un solo redil, sujeto al cuidado de un solo pastor. De este trabajo de acercamiento, que las conquistas del imperio romano habían esbozado y que las expediciones de los navegantes no cesan de completar desde hace tres siglos, presentía él su total desarrollo, gracias a los descubrimientos de la ciencia moderna, y no dudaba de que tanto los sabios modernos como los navegantes del renacimiento y los conquistadores romanos fuesen instrumentos de la Providencia y sirvieran para preparar el éxito de la grande obra a la cual Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.

### Marcha hacia la unidad

De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor ni las de la electricidad, pero había captado, por una especie de adivinación, la fusión material de los pueblos por estos dos poderosos medios que facilitan al mismo tiempo, considerablemente, la fusión moral. Desde su tiempo, veía ya esta fusión operarse por las revoluciones políticas y por

el conocimiento, tan difundido, de las diversas lenguas: «Añadid —decía a su interlocutor de San Petersburgo—, añadid que los más largos viajes han dejado de asustar a la imaginación, que todos los grandes navegantes son europeos, que el Oriente entero cede de un modo manifiesto al ascendiente de Europa..., y podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su ignorancia, se equivoca a menudo respecto del fin y de los medios de sus fuerzas y de la resistencia, respecto de los instrumentos y de los obstáculos. Tan pronto quiere derribar una encina con un cuchillo, como lanza una bomba para quebrar una caña; mas la Providencia no vacila jamás, y no en vano agita el mundo. Todo anuncia que vamos hacia una grande unidad, a la que debemos *saludar de lejos*, para servirme de una expresión religiosa. Nos hallamos dolorosa y muy justamente pulverizados, mas si ojos miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, no somos pulverizados sino para ser amalgamados.» (*Veladas de San Petersburgo*. Fin de la segunda conferencia.)

### Gérmenes de vida La nueva creación

Esta manera de ver tan alentadora, ¿es realmente opuesta a la de Donoso Cortés? No, difiere solamente en su expresión, pero acaso sea más completa. Todas las señales del fin del mundo antiguo que hieren los ojos de Donoso Cortés, De Maistre las ve como él; pero éste ve además signos de la creación de un mundo nuevo. Para emplear una de estas expresiones, ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en *borrar* la página que la razón humana, en rebelión contra la fe, está escribiendo desde hace tres siglos; pero la ve, al mismo tiempo, disponiéndose a escribir sus propias obras en esta página borrada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios lanza con tanta prodigalidad en el seno del caos, el gran filósofo reconoce las prendas de la magnífica cosecha que se prepara a recoger, y al vislumbrar el Espíritu Creador, como en los primeros tiempos, flotando sobre estas aguas revueltas, repite con la Iglesia las consoladoras palabras del Salmista: «Enviareis vuestro Espíritu y se hará una nueva creación y renovaréis la faz en la tierra».

#### CONCLUSIÓN

«Con la escuela de la desesperación, desesperamos de los hombres, pero esperamos más que ella de la misericordia de Dios.»

Participamos de estas enseñanzas y las creemos tan sólidamente fundadas como puedan serlo previsiones semejantes, no en la necesidad de las cosas, sino en el estudio de los caminos de la Providencia en el pasado, y de su acción en la actualidad.

Nos inclinamos, pues, con una convicción profunda, hacia la esperanza, sin que se nos oculte ninguno de los motivos, desgraciadamente demasiado reales, sobre los cuales se apoya la escuela de la desesperación. *Con ella, desesperamos de los hombres, pero esperamos más que ella de la misericordia de Dios, incluso en la existencia terrenal de la Iglesia.*

(Fragmento de la obra *La Soberanía Social de Jesucristo*, 1870).



Rdo. P. Enrique Ramière, S. J.  
1821-1884

## I. LA CULTURA

## PAUL CLAUDEL

*Poeta católico*

Hace algunos días, y en ocasión de representarse en la Sala de la Comedia Francesa *Le soulier de satin*, acción española en dos partes y treinta y tres cuadros, irrumpió en el sosegado panorama literario de España el nombre de su autor, Paul Claudel, el poeta más trascendental en nuestra hora, y a quien los españoles, por un inexplicable abandono, desconocemos casi en absoluto.

Afirmamos este desconocimiento con profundo desaliento, pero sin excesiva sorpresa. Resulta relativamente fácil comprender por qué en España — donde Paul Valéry es conocido entrañablemente, donde los poemas de Jean Cocteau adquieren relieve inusitado, y hasta los fáciles juegos de Jules Supervielle tienen su hora rutilante — son, sin embargo, ignorados los poemas de este lírico galo, que, en el firmamento poético de nuestra hora, brilla con luz propia y con tan largos y profundos destellos como ningún otro poeta francés desde Victor Hugo, salvando las diferencias esenciales que a uno y otro separan, con la ventaja para nuestro contemporáneo de la mayor perdurabilidad, relieve y trascendencia de su obra.

Paul Claudel, el Shakespeare litúrgico, según frase de Francis Jammes, adviene al orbe revuelto de la Poesía cumplidos ya los cuarenta años, aunque sus primeros ensayos daten de fechas anteriores, y trae consigo el más sólido bagaje cultural y experimental transido por una fe católica robusta, activa y avizorante. Lejos de sumergirse en el fácil mundo poético que se le depara, intuye proféticamente el futuro, y desgarrá cirrus bajos, extendidos por la facilidad y la menuda soberbia. Con ello intenta descubrirse, primero, un amplio firmamento al que dirigir sus encendidos dardos líricos, para avizorar, después, con los ojos del alma puesta en pie, el triunfo magnífico de la Cruz.

Estas intenciones habrían de resultar sobremanera alarmantes a la inanidad poética de su época y mucho más a la fracción fronteriza, para que no se dispusiera contra ella la gruesa artillería de las definiciones:

«A base exclusivamente del amor de Dios, no cabe fabricar buena literatura», le increpa el autor de *Les faux monnayeurs*, André Gide, su antípoda literario.

«Es posible — contesta el poeta católico —, pero lo contrario, esto es, que sólo hozando en el humo del estiércol, quepa hacer buena literatura, es un error más funesto.»

Efectivamente, Paul Claudel se obstina encendidamente en desprender de la tierra la mayor porción de espíritu, y aunque este desasimiento no signifique abandono, sino enraizamiento a la manera que Goethe exigía — «Sé como el árbol, que cuanto más ahonda sus raíces en la tierra, más alta y frondosa yergue su cúpula a lo alto.» —, le depara la coyuntura de topar con la temática trascendente del hombre: su salvación y Dios.

Y no se crea, a la lectura de estas notas, que nos

hallamos ante el caso típico del poeta ñoño, resabido y tradicional que hace de la Fe un copioso surtidor de blandos ripios y cuya poesía trasuda ineficaces admoniciones rimadas. Paul Claudel, profundamente teológico, es también poeta humano, sensible, actual. Sus versos, que arrancan de la más pura tradición católica, adquieren brío y flexión, y no desecha, sino que incorpora atrevidamente, las más finas metáforas logradas de las últimas tendencias poéticas.

No cabe establecer paralelismo entre él y cualquier otro de los poetas españoles. En primer lugar, porque ningún poeta español se siente, como él, tan totalmente transido de catolicidad. — Oponer al Unamuno poeta, aún en el de *El Cristo de Velázquez*, a Claudel, nos parece sobremanera arriesgado. — Acaso, para hallarle un digno parangón en las letras españolas, sería menester saltar tres siglos, hasta encontrarnos con Calderón — superabundante, arriesgado y teológico — cuyo teatro religioso viene Claudel a reanimar con un soplo actual y no menos importante.

De tal manera, que el lírico maravilloso que es, queda un poco al socaire del gran innovador del Teatro de nuestro tiempo en que se convierte. Su potencia dramática es tal, tan deslumbradora su visión escénica, tan ambicioso su ademán, que en él intenta abarcar, no ya lo acaciente y mudable, sino lo auténticamente trascendente e inmutable.

Y de tal manera, con tal ímpetu creador y con tan osada combinación de medios, que, después de Wagner — a quien estudia y supera en su ambicioso planteamiento de la obra dramática como atinada conjunción de todas las Artes — nadie se ha atrevido a más, ni con más lograda maestría.

Como Wagner, se plantea también el problema de la música y de su interdependencia en la obra dramática. Pero lo resuelve, después de advertir:

«Estoy muy lejos de querer decir que Wagner no tenía temperamento dramático; al contrario, lo tenía y muy profundo, si bien no muy seguro; pero toda situación provoca en él un levantamiento sonoro que absorbe todo el resto... Creo que no sería mala definición del drama de Wagner el decir que es una sinfonía de programa continuo, y menos una acción que el recuerdo sonoro de una acción.»

Y lo resuelve, concediendo a la música un importante papel de apoyatura, no a la manera de los Coros de la tragedia griega, «ese cortejo de comentaristas y de benévolo consejeros», sino un poco atendiendo al papel que la música juega en el drama clásico del Japón o de China.

«La música — alecciona — ya no es una simple resonancia, ni sirve sólo de sostén a un canto: es un verdadero actor, una persona colectiva, cuya función consiste en asimilarse todo lo demás y desprender de ello la materia del himno final.»

Esta idea, que parece surgida de una necesidad escénica de su *L'Annonce faite à Marie*, encuentra su plenitud en el *Libro de Cristóbal Colón*, donde se reúnen la lírica, la música y el cine — ¡sí, también el cine! — en tan insospechada y grandiosa unidad dramática, que parecen convocados todos los elementos del Arte bajo el conjuro genial del poeta católico.

No es posible agotar el tema Claudel en un solo en-



sayo, ni nosotros nos proponemos, con estas primeras notas, sino dar una visión de totalidad panorámica, del espíritu que en nuestra época representa el esfuerzo más sereno, pujante y trascendente.

A partir de él, un horizonte ilimitado se entreabre. Su aguda piqueta de innovador cavó mucho más hondo que todos cuantos intentaron alcanzar las inagotables posibilidades de la Poesía dramática.

Y no es episódico ni casual que su imaginación se sintiera atraída por nuestra Patria. España le deparaba excelsamente y con superabundancia inigualable por ninguna otra nación del mundo, la temática que su espíritu católico exigía. Y de ella recogió el material indispensable e imprescindible. Porque si el *Libro de Cristóbal Colón* comienza con la visión procesional de los estandartes de Aragón y Castilla, *Le soulier de satin* (cuya presentación reciente en la Comedia Francesa suscita estas notas), se desarrolla a fines del siglo XVI — nuestro

siglo teológico e imperial — en la corte del mejor de los Felipes.

\* \* \*

¿Qué puede extrañar, pues, que al contacto con tan genial creador, nos salten chispas líricas, ni que el alma se sienta robustecida por un aliento trascendente y divino? Pero las teorías no son aún bastante perfectas y saludablemente asimiladas; lo verdaderamente importante son sus consecuencias. «Porque las teorías — nos dirá el poeta — no son más que andamiajes, a menudo provisionales, al servicio de las realizaciones.»

Y Paul Claudel sirve a su destino trascendente con ímpetu renovado y magníficas consecuencias.

León, marzo de 1944.

V. CREMER ALONSO

## Sainte Scolastique

L'Abbesse, seule éveillée parmi le peuple de ses brebis,  
 Ecoute son frère qui parle et qui ne sait pas qu'il est  
 [minuit.  
 Son frère, c'est Saint Benoît, patriarche des Moines d'Occident,  
 [cidit.  
 Scolastique le regarde et tremble et loue Dieu qui l'a rendu  
 [du si grand!  
 Elle a fait ce qu'il lui a commandé de faire et elle sait que  
 [c'était bien,  
 L'Abbesse dans le grand vestige de l'Abbé, attentive jusqu'à  
 [qu'a la fin.  
 Maintenant ce n'est pas qu'elle écoute mot à mot et comment  
 [prenne tout ce qu'il dit:  
 Benoît est avec elle simplement, et demain elle sera dans  
 [le Paradis.  
 Et de même que le soir, en ces temps où l'on met la table  
 [en plein air,  
 La lampe éclaire d'en dessous le noyer qui paraît vert  
 [meil et vert,  
 Avec sa tige et le feuillage frais rempli de fruits pondérés;  
 [reux;  
 L'arbre au dessus de la famille d'où sort un souffle ténébreux,  
 [reux,  
 Tout de même dans l'ombre de Dieu et la stature de ce  
 [puissant qui le protège  
 Scolastique écoute son frère et ses paroles qui tombent  
 [comme de la neige!  
 Elle entend le nom de Jesus dans sa bouche et elle frémit:  
 Il est là, c'est son dernier jour de la terre et demain elle  
 sera dans le Paradis.  
 C'est fini. Que Dieu est grand et qu'il est magnifique  
 [d'être né!  
 Son frère, c'est Saint Benoît, elle a fait ce qu'il lui avait  
 [commandé.  
 C'est bien son tour à présent de lui faire faire ce qu'elle  
 [veut, ainsi que les femmes en ont l'art!  
 Il parle, et parfois s'interrompt, s'inquiète et il lui sem-  
 [ble qu'il est tard.  
 Mais alors on entend ce grand vent et cette grande pluie  
 Qu'accorde à sa fille Scolastique Dieu qui est à qui le prie.  
 Elle sourit, Benoît cède, et attend avec patience et douce-  
 [ceur,  
 Tout plein de textes et d'idées, et les yeux fixés sur sa  
 [sœur,  
 Que le tonnerre à son tour ait fini et lui permet de re-  
 [prendre le fil.

Et c'est pourquoi le charretier à deux mains qui retient  
 [ses chevaux indociles,  
 Le meunier en toute hâte dans la nuit qui court pour le-  
 [ver les vanes de son écluse  
 La barque qui fuit devant le temps comme une caille qui  
 [piète et ruse,  
 s'étonnent et ne comprennent rien du tout à cette furie de  
 [tempête à tout casser,  
 Qui sans rime ni raison s'est tout-à-coup déchainée,  
 Afin que les Anges tranquillement écoutent comme une  
 [musique  
 Benoît, pur comme un enfant, qui cause avec sa sœur  
 [Scolastique.

## SANTA ESCOLÁSTICA

La Abadesa despierta entre su rebaño dormido, — Escucha a su hermano que habla y que no sabe que es medianoche. — Su hermano, es San Benito, patriarca de los monjes de Occidente. — Escolástica le mira y tiembla y alaba a Dios que así le ha bendecido. — Ha hecho lo que él le ha ordenado y sabe que ha obrado bien. — La Abadesa, a las claras huellas del Abad, siempre atenta. — Sin embargo, ella no le escucha palabra por palabra ni comprende todo lo que dice: — Simplemente, Benito está con ella, y mañana ella estará en el Paraíso. — Y como a la noche, cuando la estación invita a cenar en el huerto, — La lámpara ilumina el nogal, que aparece colorado y verde, — Con su tronco y su follaje fresco lleno de frutos pesados, — El árbol desplegado sobre la familia, y brotando del árbol la noche. — Igualmente, protegida a la sombra de Dios por la figura poderosa de su hermano, — Escolástica le escucha, y sus palabras caen como nieve. — Oye el nombre de Jesus en su boca, y tiembla estremecida: — Está con él, es su último día y mañana estará en el Paraíso. — El término ha llegado. ¡Qué grande es Dios y qué magnífico es haber nacido! — Su hermano, es San Benito; hasta hoy ha hecho cuanto él le ordenó: — ¡Y he aquí que ha llegado el momento de que disponga de él, como saben hacer las mujeres! — El habla, a veces se interrumpe, se inquieta y le parece que es ya tarde. — Pero entonces grita el viento con violencia y la lluvia firme. — Que conceda a su hija Escolástica Dios, que se da a quien le implora! — Ella sonríe, Benito cede, y aguarda con paciencia y dulzura, — Lleno de textos e ideas, detenidos sus ojos en la hermana, — A que calle el trueno y le permita continuar sus palabras. — Y es por esto que el carretero que con sus brazos detiene sus caballos indóciles, — El molinero que en la noche corre veloz a levantar las compuertas de la esclusa, — La barca que huye del peligro como una codorniz que apresta sus astucias para defenderse, — Se asombran y no comprenden la furia de la tempestad que todo lo desbarata, — Que sin más, súbitamente, se ha desencadenado — Para que los ángeles escuchen tranquilamente, como una música, — A Benito, puro como un niño, que habla con su hermana Escolástica.

Versión de Francisco Salvá Miquel.



## Première Station

*C'est fini. Nous avons jugé Dieu et nous l'avons condamné a mort.*

*Nous ne voulons plus de Jésus-Christ avec nous, car il nous gêne.*

*Nous n'avons plus d'autre roi que César! d'autre loi que le sang et l'or!*

*Crucifiez-le, si vous le voulez, mais débarrasez-nous de lui! qu'on l'emmène!*

*«Tolle! tolle!» Tant pis! puisqu'il le faut, qu'on l'immole le et qu'on nous donne Barabbas!*

*Pilate siège au lieu qui est appelé Gabbatha.*

*«N'as-tu rien à dire», dit Pilate. Et Jésus ne répond pas.*

*«Je ne trouve aucun mal en cet homme», dit Pilate, mais bah!*

*Qu'il meure, puisque vous y tenez! Je vous le donne. «Ecce homo»*

*Le voici, la couronne en tête et la pourpre sur le dos.*

*Une dernière fois vers nous ces yeux pleins de larmes et de sang!*

*Qu'y pouvons-nous? pas moyen de le garder avec nous plus longtemps.*

*Comme il était un scandale pour les Juifs, il est parmi nous un non-sens.*

*La sentence d'ailleurs est rendue, rien n'y manque, en langages hébraïque, grec et latin.*

*Et l'on voit la foule qui crie et le juge qui se lave les mains.*

## PRIMERA ESTACIÓN DEL VIACRUCIS (1)

Ha terminado. Hemos juzgado a Dios, condenándolo a muerte. — No queremos más a Cristo con nosotros, Cristo nos enoja. — ¡El César es nuestro único Señor, nuestra ley la sangre y el oro! — Crucifícadle, si es vuestro antojo, pero ¡libradnos de él!, ¡llevároslo! — Tolle! Tolle! ¡Tanto peor! Ya que es necesario, inmólae y liberta a Barrabás. — Pilatos está sentado en el lugar llamado Gabbatha (2).

«¿No respondes nada?», pregunta Pilatos. Y Jesús no responde. — «Ningún delito descubro en este hombre», dice Pilatos, «pero ¡bah! — ¡Que muera, si es este vuestro empeño! Yo os lo entrego. «*Ecce Homo.*» — Vedle. Coronado de espinas, con un manto de púrpura.

¡Por última vez nos miran esos ojos de lágrimas y sangre! — ¿Y qué? ¿Tal vez podemos retenerle aún entre nosotros? — Escándalo de los judíos, para nosotros es un juego sin sentido. — La sentencia ya ha sido dictada (ni un solo o'vido) en hebreo, en griego y en latín. — Y la multitud grita y el juez se lava las manos.

*Versión por Francisco Salvá Miquel.*

(1) Esta composición encabeza el poema cíclico de Claudel *Le Chemin de la Croix*. Glosa el pasaje XIX, 13-14, del Evangelio de San Juan. Es admirable por su emoción y por la sencillez con que está expresada: unas pocas palabras aprietan la grandeza y el estremecimiento de la mayor de las tragedias.

(2) «En Jesús había algo divino, pero el César es seguramente un dios más amenazador, y a toda costa había que agraderle: Pilatos se inclinó... El tribunal fué colocado sobre el enlosado de un atrio exterior. Este enlosado, compuesto por grandes y hermosas piedras, mereció el nombre de atrio pavimentado, llamado en griego *lithostrotos*, y por los naturales *Gabbatha*, es decir, «terrazas.» P. LAGRANGE, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*, página 449.

## LA VIDA

# COMENTARIO INTERNACIONAL

## A los cincuenta y cinco meses de guerra

En este primer número de CRISTIANDAD consideramos de interés resumir a grandes rasgos los hechos que han caracterizado, hasta el presente, con trazos indelebles la mayor tragedia que jamás haya asolado a la Humanidad. No es nuestro propósito, ni lo consentiría el espacio de que disponemos, acumular datos y estadísticas o estudiar los altibajos que ha sufrido la lucha a través de su complejo desarrollo, sino, sencillamente, extraer de la extensa variedad de sucesos, aquellos que por su especial contextura, por los precedentes a considerar o por sus decisivas consecuencias, han de ser elementos valiosísimos para juzgar con el máximo acierto uno de los periodos más sombríos de la Historia.

Generalmente se valoran los acontecimientos por lo que indica la «última noticia», cuyo contenido y significación varían continuamente, de lo cual resulta que muchas personas tienen una idea insignificante, absurda diríamos, de la naturaleza auténtica de los designios humanos y de los verdaderos impulsos que mueven a las naciones. Por ello es de la mayor utilidad reflexionar sobre el conjunto de los hechos y la aparente disparidad con

que a veces se presentan, para obtener datos concretos que nos permitan ver las directrices que han presidido la iniciación del horrendo conflicto.

No pretendemos abarcar todos los aspectos notables bajo los cuales puede seguirse el desarrollo político y militar de la lucha, y mucho menos tratar de problemas, como la cuestión judía por ejemplo, que necesitan un adecuado examen, imposible de realizar en un resumen como el presente.

### Lo que nunca debió comenzar

Después de la deplorable paz de Versalles y del nacimiento de su corolario, la Sociedad de las Naciones, empuja para Europa una de las épocas más arbitrarias y desconsoladoras que hayan contemplado los siglos: crisis y planes económicos para todos los gustos, plebiscitos y «hechos consumados», denuncias de pactos, nuevos tratados, conferencias internacionales en gran escala (no menos de

ochenta en veinte años), y, anegándolo todo, la incredulidad y la miseria.

En 1935, después del rearme alemán, Italia comienza la campaña de Abisinia, y la Gran Bretaña, que había visto fracasar la conferencia de Stresa — primer intento de cerrar Alemania — impone las sanciones. Con ello da principio la escena inicial del drama que no tardará en alcanzar su punto álgido. Remilitarizadas las regiones renanas, nace el Eje Roma-Berlín, que halla su consolidación en nuestra guerra civil, verdadero campo de batalla por lo que toca a España, entre la concepción espiritual de la vida y el materialismo histórico. Alemania se incorpora Austria y a continuación plantea el problema de los sudetes: conferencia de Munich, independencia de Eslovaquia y ocupación por el ejército del Reich del bastión checo que levantó Versalles y que Rusia prometía amparar.

Estamos en 1939. La prensa democrática reacciona, muy tarde, contra la conferencia «de los cuatro», pero Italia puede entre tanto ocupar Albania sin excesivos peligros. Dos mundos, dos grupos de pueblos, se hallan frente a frente; en la sombra acecha Rusia, Japón se prepara para el gran momento, los Estados Unidos pasan del aislacionismo a la intervención directa en los asuntos de la vieja Europa; sólo en el Vaticano suena la voz de la Verdad, ¡voz que clama en el desierto! Inglaterra concede garantías a Polonia, Rumanía y Grecia, mientras dan comienzo unas accidentadas negociaciones anglo-niponas, y las conversaciones anglofranco-soviéticas que terminan de golpe con la publicación del tratado de no agresión ruso-germano.

La cuestión de Dantzing, muy inferior para Inglaterra al «caso» de Checoslovaquia, representa el nudo gordiano alrededor del cual giran, en un momento dado, todos los problemas europeos, y Alemania lo desata con el golpe de su espada. Mussolini, con la ayuda del ministro francés Bonnet, ha intentado convocar todavía una conferencia «in extremis», pero la Gran Bretaña, sin admitir nuevas dilaciones, envía un «ultimatum» al Reich el día 3 de septiembre invocando su alianza con Polonia. Ha dado comienzo a la matanza más horrenda que haya podido imaginar la inteligencia humana.

### El Papa no es escuchado

Ocho días antes de estallar la guerra, S. S. Pío XII habla al mundo a través de la radio. Dice el Papa: «Nada está perdido con la paz. Todo puede estarlo con la guerra». Y, dirigiéndose a los gobernantes, exclama: «Vuelvan los hombres a entenderse. Vuelvan a tratar». Los periódicos reproducen el llamamiento, pero los elementos responsables no quieren soluciones pacíficas. No por esto cesa el Pontífice en sus propósitos, y en todas las cancillerías los representantes diplomáticos de la Sede Apostólica son el altavoz de las angustias, de los desvelos y de las tentativas del Padre común para evitar lo que será inevitable a causa de la locura de la gente, atizadas, las más de las veces, por una prensa falaz e infame. El embajador de Polonia es recibido en el Vaticano; otros embajadores conferencian igualmente con el Secretario de Estado. Siempre queda una esperanza en los corazones cristianos. El día 31 de agosto la Santa Sede entrega un memorándum a las naciones directamente interesadas; es la última tentativa del Papa. Pero tampoco causa ningún efecto. Todo ha sido inútil. La incompreensión y la ceguera de los hombres puede más, y la bomba que ellos fabricaron estalla de pronto. Su Santidad queda dolorosamente impresionado ante la nueva de un hecho que llenará de lágrimas, sufrimiento y muerte, al mundo entero.

### Presiones a los neutrales

Casi la totalidad de los Estados neutrales ha sido víctima de las agresiones de los países beligerantes. A este respecto hay que tener bien presente que no son únicamente los ataques armados los que pueden lesionar la independencia y el honor de los pueblos, sino que hay otras formas, igualmente condenables, de inmiscuirse y vulnerar la soberanía de las naciones. Podemos resumirlas en las siguientes: 1.ª, Bloqueo económico; 2.ª, Guerra de nervios, mediante falsas informaciones y comentarios dolorosos obedeciendo a un plan, y 3.ª, Incitar a la revuelta a los naturales de un país para obtener cambios de gobierno, o sembrar, cuando menos, el confucionismo y la anarquía, con pretextos más o menos espaciosos o rebuscados. Los países neutrales se han visto gravemente lesionados por los estados poderosos. La invasión de Bélgica en la pasada guerra, objeto entonces de una de las mayores propagandas, queda hoy oscurecida por la falta de respeto y consideración con que las naciones en guerra han tratado y vienen tratando a las que no tienen intereses en la lucha o, simplemente, no desean servir de parachoques a aquéllas. La simple enumeración de los países neutrales presionados, despertará el recuerdo de la forma en que lo han sido: Noruega, Dinamarca, Islandia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Grecia, Yugoslavia, Irak, Irán, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Colonias y Protectorados Franceses, Argelia, Panamá e Irlanda; últimamente hay que registrar las confesadas presiones contra España y Portugal, las coacciones a Bolivia y a la República Argentina, no obstante la política de «buen vecino», y la violación sistemática de los espacios aéreos de Suiza y Suecia, con lanzamiento incluso de bombas. No pretendemos haber hecho una relación total, pero el conjunto de los Estados enumerados será suficiente para comprender la extensión que ha tomado la falta de escrúpulos contra la dignidad de los neutrales. Una de las peores manchas de la actual conflagración.

### Los males innecesarios

La guerra que se limitó al principio, por regla general, a los frentes de batalla, ha ido degenerando en terribles ataques a las poblaciones civiles. Los bombardeos han causado ya tal vez más víctimas que las originadas por los combates entre los distintos ejércitos. Pero lo peor, lo verdaderamente excepcional, es la crudeza escalofriante con que relevantes personalidades han explicado a sus conciudadanos como pretendían deshacer y aniquilar a sus enemigos; es decir, ya no se trata de ocultar o paliar los efectos devastadores de los ataques aéreos, mediante el pretexto de los objetivos militares o con la consigna de las represalias, se habla sin paliativos de inutilizar al contrario sea como sea, sin sumisión a ley alguna y sin procurar ahorrar males innecesarios. Los edificios religiosos, los monumentos culturales irremplazables, los hospitales, los pacíficos hogares, hasta las cosechas, han sido blanco de las más despiadadas ofensivas. Y que no hay la menor intención de hacer alto en ese camino, lo demuestran algunas frases recogidas al azar y que a continuación reproducimos: Así el mariscal inglés del Aire sir Richard Peck, declaraba recientemente: «Todas las ciudades industriales del Reich figuran entre los objetivos que han de quedar pulverizados por nuestras bombas», subrayando que «la ofensiva aérea no ha dejado sentir aún todos sus efectos»; el redactor aeronáutico de la Agencia Reuter afirmó a principios del presente año que la aviación aliada no ha dado todo su rendimiento, y que se preparan los «mayores y mejores asaltos» contra Alemania. El Führer proclamó a su vez: «el ataque brutal encuentra una respues-



ta de la comunidad popular alemana, que no replica con frases escogidas e ideologías cosmopolitas, sino con el odio sano y fanático de una raza que sabe luchar por su existencia».

Las consignas, como puede apreciarse, son terminantes: destruir y aniquilar al adversario sin sombra de piedad.

La conclusión que puede deducirse de tanta dureza, es que la guerra va perdiendo todo sentido humano y degenera en un duelo a muerte, que aleja hacia el infinito cualquier posibilidad de una paz justa y generosa y de una cristiana reconciliación.

### **La amargura del Papa**

La amenaza de completa destrucción que pesa sobre la Ciudad Eterna, es una de las más trágicas realidades del drama bélico que estamos sufriendo. Esta amenaza es fuente del profundísimo dolor que aflige al Soberano Pontífice al ver que sus repetidas gestiones para lograr el respeto de todos los beligerantes para la capital de la Cristiandad, no han podido impedir los graves males que se ciernen sobre la misma. Considerando los peligros de la situación, el Santo Padre en el discurso pronunciado el día 24 del pasado mes de febrero, decía a los párrocos y a los predicadores de Cuaresma de Roma: «No podemos dejar de decir abiertamente que las metrópolis de Atenas y El Cairo, por razones históricas y religiosas fueron respetadas de ataques bélicos por acuerdo de ambas partes beligerantes. Nos no renunciamos a la confiada esperanza que éstas querrán y sabrán comprender fácilmente cuánto más la Ciudad Eterna tiene derechos a reclamar igual respeto a su inmunidad.» Y continuaba: «Sería durante siglos una mancha y vergüenza indelebles para siempre, si, por fin, Roma, también única e incomparable en progreso político y cultural del género humano y durante casi veinte siglos centro y madre de la civilización cristiana, hubiera de caer víctima de la furia devastadora de esta terrible guerra, por motivos, consideraciones o dificultades militares, siempre y en todo caso superables con buena voluntad.

Recientemente, con ocasión del quinto aniversario de su coronación, el Papa, dirigiéndose a los romanos y a los refugiados de varias regiones, insistió con mayor vehemencia sobre los sufrimientos que afligen a Roma «despedazada en las carnes vivas de sus habitantes», y después de afirmar que cada ciudad atormentada por una guerra aérea sin freno, es «un acta terrible de acusación contra semejantes métodos de lucha», y que convertir Roma en un campo de batalla y en teatro de guerra sería un acto abominable, dirigió un nuevo llamamiento a los beligerantes «en la seguridad de que no querrán vincular su nombre a un hecho que por ningún motivo y de ninguna manera se podría justificar ante la Historia».

¡Ojalá los pueblos atiendan el requerimiento del Papa!

### **El comunismo avanza**

La realidad innegable que salta a la vista después de cincuenta y cinco meses de interminable lucha, es la *marcha ascendente del comunismo* que en un tiempo relativamente corto ha conquistado importantes posiciones y ha logrado una influencia que va aumentando de día en día. No son

ya, tan sólo, formidables avances hacia el Oeste; son las profundas infiltraciones que ha realizado en la mayoría de los países; es su táctica diabólica, combinada con su monstruoso poderío, que va ganando adictos o por lo menos desarmando contrarios; es su política astuta de apoderarse de los lugares estratégicos desde donde puede controlar todos los pueblos mientras afirma haber disuelto la Internacional; y así podemos contemplar como un Gusev influye poderosamente en el Consejo Consultivo Europeo; como un Vyshinsky dirige positivamente el Consejo Consultivo de Italia (recordemos las palabras escritas recientemente por el «News Chronicle»: «el gobierno ruso tiene intervención en cada paso que se da en los asuntos de italianos»); no ignoramos la decisiva influencia de un Marty en Argel; la existencia de una central de propaganda establecida en Méjico, dirigida por el embajador Oumansky, y otros varios hechos igualmente significativos.

Y terminamos con una pregunta nacida de graves consideraciones sobre unas palabras que se repiten de distinto modo, pero con significativa insistencia: ¿Qué pasaría si Alemania impotente para detener una embestida sincronizada por Oriente y Occidente, se rindiera únicamente a Rusia y con ella sola pactase?

### **No pasará nada**

La vorágine de acontecimientos escuetamente apuntados, y el reinado mundial del más desenfrenado materialismo que todo lo corrompe, son suficientes para darnos una ligera impresión de la incomprendible demencia que reina entre las clases dirigentes de las naciones, y de la importancia de los males que nos amenazan por doquier. Y a pesar de todo son aún legión los que afirman que nada pasará. Optimismo insubstancial y pernicioso cuando no intrínsecamente malvado, «No pasará nada». ¡Como si no estuviera pasando! ¿Ignorancia? ¿Mala fe? Las consecuencias son las mismas. Tengan presente los que así piensan, que no hemos llegado todavía al final de la contienda, y que cada día que pasa, el horizonte va cargándose de horribles presagios. Imposible es para nosotros predecir con certeza el porvenir, pero no será ningún atrevimiento afirmar que si el mundo sigue en su actual desvarío, los momentos trágicos no faltarán, y las calamidades que hemos sufrido las veremos repetirse en mayor grado, ya que a la maldad de cuantas doctrinas predicán principios contrarios a los sagrados derechos y a las ineludibles obligaciones del hombre y de la sociedad se añadirán: la confusión de inteligencias, causadas por el execrable y extendido vicio de interpretar cada cual a su comodidad, las enseñanzas del Vicario de Jesucristo; la desorientación en la conducta, nacida principalmente, de la hipocresía de cuantos invocan los sacrosantos nombres de Dios y de Jesucristo como motivo propagandístico, y la ceguedad de espíritu de los que fían tan sólo a los medios terrenos la solución de todos los problemas humanos, olvidándose que el único remedio sólo se halla en la aceptación humilde de las Verdades eternas, constantemente recordadas por los Romanos Pontífices, y en el reconocimiento, por parte de los pueblos, de la maternidad universal de la Santa Iglesia.

JOSÉ ORIOL CUFFÍ





## Carta abierta de Francisco Canals Vidal acerca de «Cristiandad» y Schola Cordis Iesu

Al cumplirse, en este 1 de abril de 2004, el LX aniversario de la fundación de *Cristiandad*, escribí a modo de «testamento espiritual» una carta abierta a un amigo, redactor actual de esta revista. La concesión por la Santa Sede del patrocinio de santa Teresa del Niño Jesús sobre el Apostolado de la Oración me estimula a transformar aquel escrito con leves retoques en una carta dirigida a todos aquellos a quienes interese conocer los ideales y programa espiritual y doctrinal de esta revista y compartir nuestro propósito de la universalización de Schola Cordis Iesu al servicio de la Iglesia.

*Cristiandad* fue fruto de la maduración en sus fundadores de unos propósitos e ideales dados por la formación recibida del padre Ramón Orlandis desde hacía muchos años en las etapas previas –*Iuventus* y *Schola*– que habían precedido a Schola Cordis Iesu y a las que Creus aludía como «la prehistoria de *Cristiandad*».

El estudio de la revista y el de los escritos del padre Orlandis que se reunieron en el homenaje del año 2000 en el volumen titulado *Pensamientos y ocurrencias*, y en primer lugar del así titulado –que, escrito en 1934 y publicado por primera vez en 1955, contiene la más profunda expresión del mensaje espiritual del padre Orlandis– nos permite, ahora, contemplar la admirable fuerza y el aliento unitario y unificador que penetran a lo largo de muchos años toda la tarea oral y escrita de aquel gran maestro de doctrina y de espíritu. Este estudio permite también una comprensión fundamentada de la admirable fidelidad al magisterio pontificio que fue característica personalísima del padre Orlandis.

La conclusión a que se llega si se realiza con seriedad dicho estudio es ésta: lo que el padre Orlandis hizo en Schola Cordis Iesu no responde a lo anecdótico de personales aficiones que algunos juzgaron incluso subjetivas y caprichosas. El padre Orlandis trabajó en algo que pertenece muy nuclearmente al apostolado del Reino del Sagrado Corazón de Jesús según que se expone y enseña en los textos del Magisterio, en la liturgia, y en la espiritualidad y programa apostólico del Apostolado de la Oración. Él era un hombre de Iglesia que hizo una obra de la Iglesia y para la Iglesia.

En 1955, a los treinta años de la fundación de Schola Cordis Iesu, escribió el padre J.B. Janssens, general de la Compañía de Jesús, a Domingo Sanmartí Font, entonces presidente de Schola: «De todo corazón les felicito en este feliz aniversario, por

el magnífico y sólido trabajo realizado por Uds. en estos seis lustros. Al propagar las grandes enseñanzas que se encierran en la sólida devoción al Corazón de Jesús en los documentos pontificios para promover el Reinado de Cristo en el mundo, estáis realizando un apostolado muy en consonancia con las necesidades de nuestra época» (16 de mayo de 1955).

El actual general de la Compañía, Peter Hans Kolvenbach, ratificó explícitamente aquel juicio en carta dirigida a Gerardo Manresa, también entonces presidente de Schola Cordis Iesu, en la que añadía una alusión a los aspectos culturales o intelectuales de nuestra tarea: «El apostolado intelectual que caracteriza también a Schola Cordis Iesu, por ejemplo en la escuela tomista, impregnado de espíritu evangélico, seguirá, sin duda, inspirando a los miembros de la misma» (19 de abril de 2000).

Una serie de enseñanzas y decisiones pontificias providencialmente enlazadas entre sí hacen luminosamente patente la orientación de servicio a la Iglesia de la tarea que emprendían en 1944 los fundadores de la revista *Cristiandad*, la que se formularía posteriormente con el lema «Al Reino de Cristo por la devoción a los corazones de Jesús y de María».

Pío XII había comenzado su pontificado evocando el acto de León XIII que, en 1899, había consagrado el universo al Sagrado Corazón de Jesús, y había también afirmado que: «la difusión y el arraigo del culto al divino Corazón del Redentor encontraron su espléndida corona no sólo en aquella consagración del género humano, sino todavía más en la instauración de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor», es decir, por Pío XI en 1925.

Son las propias palabras que inician el pontificado de Pío XII las que nos señalan el camino para descubrir la intención central y unitaria que inspiraba la actividad pontificia de Pío XI cuando, partien-

do de la consigna de san Pío X de «instaurar todas las cosas en Cristo», señalaba como el lema orientador de su pastoral pontificia la proclamación de «la Paz de Cristo en el Reino de Cristo». «La verdadera paz que merezca tal nombre no puede obtenerse si no se observan por todas las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo»... esto es lo que decimos, en pocas palabras, formulando que «sólo en el Reino de Cristo es posible la Paz de Cristo».

El padre Orlandis, al orientar sus tareas formativas en estas afirmaciones claras e iluminadoras de Pío XI, las comprendía en la intención profunda que tenían en el magisterio pontificio: no eran palabras de reprensión, mucho menos de advertencia pesimista. Eran palabras de aliento. Precisamente, en la primera encíclica de Pío XI, de 1922, al expresar la esperanza de que pudiésemos ver realizada la unión de todo el rebaño bajo un solo Pastor, expresa así su anhelo: «¡Quiera Dios que podamos ver pronto realizada esta cierta y consoladora profecía del divino Corazón!». Tres años después, en 1925, instituía la fiesta de Cristo Rey, con la encíclica *Quas primas*.

El sentido misterioso y esperanzador de la pastoral pontificia de Pío XI lo expresó él mismo en un pasaje que contiene la que podríamos llamar su teología de la historia de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Creo conveniente citarlo con alguna extensión porque en él encontramos, precisamente, una clave decisiva para comprender la vocación a que se sentía llamado el padre Orlandis al servicio de la Iglesia:

«Porque en la época precedente y en la nuestra se llegó, por las maquinaciones de hombres impíos, a rechazar la soberanía de Cristo nuestro Señor y a declarar pública guerra a la Iglesia, con leyes y movimientos populares opuestos al derecho divino y la ley natural. Y hasta hubo asambleas que gritaron: «No queremos que Éste reine sobre nosotros», la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús clamaba unánime, oponiéndose acérrimamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: «Es necesario que Cristo reine. Venga a nosotros tu Reino». Feliz consecuencia de esto fue que todo el linaje humano, que por derecho nativo posee Jesucristo, único en quien todas las cosas se restauran, fuese consagrado por nuestro predecesor León XIII, al comienzo de este siglo, al Sacratísimo Corazón de Jesús, con aplauso del orbe cristiano.»

«Que estos comienzos tan gratos y tan faustos Nos mismo, como afirmamos ya en nuestra encíclica *Quas primas*, accediendo a los deseos y a las reiteradas súplicas de numerosos obispos y fieles, los completamos y perfeccionamos con el favor de Dios al instituir, al término del reciente año jubilar, la fiesta de Cristo Rey y su solemne celebración en todo el orbe cristiano.»

«Cuando hicimos esto, no sólo declaramos el sumo imperio de Jesucristo sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y sobre la familia, sobre cada uno de los hombres, sino que también anticipábamos el júbilo de aquel día felicísimo en que el mundo entero, espontáneamente y con buena voluntad, aceptará el dominio suavísimo de Jesucristo Rey». Una gozosa y esperanzadora reiteración de estas esperanzas de la Iglesia la hallamos en la consagración, en 1942, del género humano al Inmaculado Corazón de María por Pío XII: «que clamor y patrocinio aceleren el triunfo del Reino de Dios y que todos los pueblos, pacificados entre sí y con Dios, te aclamen bienaventurada y contigo entonen, de un extremo a otro de la tierra, el eterno *Magnificat* de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz».

El padre Orlandis, que reconocía que los numerosos textos en este mismo sentido no contienen definiciones dogmáticas solemnes, los consideraba, ciertamente, como expresiones en el magisterio ordinario de las esperanzas de la Iglesia. El Padre Enrique Ramière trabajó por que alentasen, en el Apostolado de la Oración, a los devotos del Corazón de Jesús a rogar fervientemente «Adveniat Regnum tuum». San Luis María Grignon de Montfort hablaba de Cristo, que vendrá a reinar en todas partes «como toda la Iglesia lo espera». El Concilio Vaticano II, en el documento sobre las religiones no cristianas, al afirmar la futura conversión de los judíos lo hace con estas palabras:

«La Iglesia espera, junto con los Profetas y con el Apóstol, el día, sólo de Dios conocido, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz, y le servirán como un solo hombre» (Sof 3,9; cf. Is 66,23; Sal 65,4; Rom 11,11-32).

La tarea del padre Orlandis en la formación de Schola Cordis Iesu —contemplada en la perspectiva de su fructificación y atendidos los testimonios que, a lo largo de los años, se han dado acerca de ella desde la Iglesia jerárquica o desde los dirigentes del Apostolado de la Oración— no puede menos que ser reconocida como un servicio a la Iglesia. Así me exhortaba a comprenderla quien la conocía en profundidad, el eminente teólogo Francisco de Paula Solá S.I. (es conveniente leer su artículo «El padre Ramón Orlandis Despuig, 1873-1958», que publicó en *Cristiandad* n° 708-709, abril-junio 1990, y que fue incluido en *Pensamientos y ocurrencias*, pp. 57-65).

El lugar originario en la Iglesia de este servicio es, precisamente, el Apostolado de la Oración, fruto universal y eminente del apostolado del Corazón de Jesús, cuya congruencia providencial con el espíritu de los *Ejercicios* de san Ignacio de Loyola, que tan en el centro estaban de la tarea del fundador de

Schola Cordis Iesu, ha sido tantas veces y tan significativamente recordada.

El padre Roberto Cayuela, escribiendo sobre «¿Santa Teresita del Niño Jesús Doctor de la Iglesia y patrona del Apostolado de la Oración?» (*Cristiandad* n° 479, enero 1971), expresa un importante testimonio personal sobre la íntima comunicación mística que recibió el padre Orlandis de parte de la santa del amor misericordioso y de la infancia espiritual.

Al canonizar –en 31 de mayo de 1992– a Claudio la Colombière, hablaba así Juan Pablo II al Apostolado de la Oración: «Naturalmente, la canonización de Claudio la Colombière me lleva a subrayar el «encargo suavísimo» que él mismo recibió de parte del Señor: la difusión y predicación del misterio del Corazón Sacratísimo. Es toda la Compañía la que queda encargada de esto, como tuve el gozo de confirmarnos en Paray-le-Monial junto a la tumba de san Claudio. Pues existe una verdadera connaturalidad entre la espiritualidad ignaciana y la del Sagrado Corazón».

La presencia de los Ejercicios de san Ignacio en la espiritualidad de Schola Cordis Iesu y la dedicación del padre Orlandis al estudio de los Ejercicios mismos tenemos que verla como otra razón decisiva del carácter no anecdótico ni coyuntural de nuestras tareas, sino de su vocación de servicio a la Iglesia. El estudio de santo Tomás suscitado por el padre Orlandis en Schola, que no es, ciertamente, la vocación esencial de Schola, ha sido un fruto de la misma que ha contribuido también a difundir su presencia y a darla a conocer en el ambiente que busca la presencia de la fe en la cultura contemporánea.

El carácter más esencial y nuclear de la espiritualidad y tarea apostólica de Schola Cordis Iesu es el sentirnos llamados a formar parte integrante de «aquella legión de almas pequeñas, instrumentos y víctimas del amor misericordioso de Dios, objeto de los deseos y de las esperanzas de santa Teresita del Niño Jesús». La declaración de la santa carmelita como Doctora de la Iglesia por Juan Pablo II, en 19 de octubre de 1997, y la reciente «visita» de sus reliquias a la Casa apostólica que fundaron en Barcelona sus fervorosos apóstoles Eudald Serra Buixó e Ignasi Casanovas S.I. (y que pudimos sentir como un gesto solícito de quien quiso pasar su cielo haciendo el bien en la tierra) son estímulo esperanzador de la fructificación querida por Dios que habrá de venir de nuestra perseverancia confiada en el servicio a la Iglesia, y que se ha iniciado con la semilla

sembrada en el Apostolado de la Oración de Barcelona por aquel gran apóstol y maestro de espíritu que fue el padre Orlandis.

Entendemos que nuestras tareas están destinadas a difundirse más y más en todos los ámbitos de la Iglesia. Hemos de servir, en nuestro mundo, al advenimiento del reinado de Cristo a través de todas las tareas apostólicas o culturales que –en el campo mismo de la doctrina teológica y espiritual, o en la filosofía cristiana, o al servicio de la vigencia de una concepción cristiana de la vida y de la historia– sirven, con humilde fervor, a la instauración de todas las cosas en Cristo y a la ordenación a Cristo Rey del universo de las tareas humanas que vayan respondiendo a los estímulos ocasionales o permanentes que nos llamen a hacerlo presente entre nuestros contemporáneos y a mantener vigente, para las generaciones futuras, el imperativo y la esperanza del reinado de Cristo en el mundo.

Estamos convencidos de que no podemos ni descuidar ni disponer de Schola Cordis Iesu a nuestro arbitrio, y también de la responsabilidad que nos incumbe a todos para hacer presente en la Iglesia la mayor universalidad y fecundidad posible de las tareas apostólicas de Schola Cordis Iesu.

Ya en 1957, el director general delegado del Apostolado de la Oración Friedrich Schwendimann, al aprobar los estatutos de Schola Cordis Iesu en Barcelona, lamentaba que no hubiésemos planteado nuestra solicitud con un alcance universal. La aprobación de unos estatutos para toda España por el padre Mendizábal, en 31 de mayo de 1981, y el nombramiento, en 31 de julio del año 2003, del padre Suñer como delegado para Schola Cordis Iesu en toda España han de ser también un estímulo concreto para perseverar en este propósito de universalización.

El padre Orlandis, al prepararse la aparición de *CRISTIANDAD*, había advertido que en la comunión de Schola Cordis Iesu con el Apostolado de la Oración estaba la garantía de su continuidad, y en diciembre de 1957 aludía a *CRISTIANDAD* como nacida «del seno maternal del Apostolado de la Oración». El patrocinio de santa Teresa del Niño Jesús recientemente declarado nos invita a ver en nuestro servicio a la Iglesia en el Apostolado de la Oración el camino de una expansión fecunda, que estoy convencido de que superará nuestras esperanzas, si actuamos con deseo sincero y fervoroso del bien de la Iglesia. Pongamos esta tarea bajo la protección de san José, patrono del Concilio Vaticano II.





# Santa Teresa del Niño Jesús, patrona del Apostolado de la Oración



DIREZIONE GENERALE DELL'APOSTOLATO DELLA PREGHIERA  
BORGO S. SPIRITO, 4 - C.P. 6139 - 00195 ROMA - PRATI (ITALIA)  
Tel. 06.689.771 - Fax (39) 06.689.77470

A los miembros, a los Directores Diocesanos y Secretarios Nacionales  
del Apostolado de la Oración,  
y a todos aquellos que viven de su espíritu.

Tengo la alegría y el honor de poder anunciarles que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, en uso de las facultades que le han sido atribuidas por el Sumo Pontífice Juan Pablo II, ha dado su consentimiento a mi solicitud y confirma a

Santa Teresa del Niño Jesús,  
Virgen y Doctora de la Iglesia, como  
Segunda Patrona ante Dios  
De los miembros del Apostolado de la Oración,

con todos los derechos y privilegios que de ello derivan de acuerdo a las rúbricas, sin que obste cosa alguna en contrario.

El Apostolado de la Oración no podía esperar una señal más elocuente de aprecio de parte de la Iglesia en su 160º aniversario, que esta confirmación.

La ocasión inmediata de mi petición la constituyó el descubrimiento en los archivos del Carmelo de Lisieux del certificado de admisión en el Apostolado de la Oración de la Srta. Teresa Martin, fechado el 15 de octubre de 1885.

Ya había indicios de que Santa Teresa había conocido el Apostolado de la Oración. En sus últimas notas autobiográficas (junio-julio 1897) decía: «Deseo ser hija de la Iglesia como lo fue nuestra Madre Santa Teresa, y orar por las intenciones de nuestro Santo Padre el Papa, sabiendo que ellas abrazan todo el universo... así me uno espiritualmente a los misioneros que Jesús me ha dado por hermanos»; mas el saber que fue miembro del Apostolado de la Oración desde la edad de doce años la convierte en «una santa del Apostolado de la Oración».

Como miembro del mismo, la joven Teresa oró sin duda por las intenciones que eran encomendadas cada mes a los miembros de la asociación. En efecto, una nota que acompaña su documento de admisión da fe de que las hojitas con las intenciones eran llevadas cada mes por una voluntaria a los Buissonnets, la casa paterna de Teresa. Son precisamente las intenciones generales y misionales del Santo Padre que hoy constituyen el centro de atención de los millones de adherentes con los cuales cuenta el Apostolado de la Oración en todo el mundo, y de tantos otros que, sin estar inscritos, hacen su ofrenda cotidiana y depositan su confianza en el Sagrado Corazón de Jesús.

No cabe duda de que como Patrona Santa Teresa intercederá para que nuestra comunión universal de oración contribuya eficazmente a la edificación de la Iglesia y a la venida del Reino de Dios.

Su frase: «Deseo ser hija de la Iglesia y orar por las intenciones de nuestro Santo Padre el Papa, he aquí la intención general de mi vida», resume en pocas palabras lo que dice la Carta espiritual sobre el fin del Apostolado de la Oración: «Ayudar a los

cristianos a unir su vida y su oración a la oración y a la misión de la Iglesia que las intenciones generales y misionales del Santo Padre nos recuerdan cada año».

La manera en que Teresa asumió la devoción al Sagrado Corazón fue muy personal. En una carta a su hermana Celina, Teresa escribía: «Sabes que no veo al Sagrado Corazón como todo el mundo, coronado de espinas con una gran cruz en el centro», porque para ella se trataba de Cristo resucitado, con quien ella hablaba «deliciosamente, de corazón a corazón, en la esperanza de contemplarlo un día cara a cara».

En su poema «Al Sagrado Corazón de Jesús» no se detiene en el símbolo del corazón herido por la lanza, sino que va directamente a la realidad: la persona amante de Jesús, sus sentimientos profundos, el amor que llena su Corazón.

Conocer intimamente al Señor y descubrir los sentimientos de su Corazón constituye precisamente el camino recorrido por el Apostolado de la Oración durante las últimas décadas, presentando la devoción al Corazón de Jesús como una espiritualidad enraizada en la Escritura y centrándose, como lo hacía Teresa, en la persona amante de Jesús. La devoción al Corazón de Jesús no tiene, en efecto, otra finalidad que asemejarnos más a Él, confiados en el Padre y al mismo tiempo preocupados de los demás como Él.

La visión de Santa Teresa no dejará de hacer atractivo el Apostolado de la Oración a los cristianos del nuevo milenio, y de animarles a continuar el camino hacia la santidad en la vida cotidiana que han iniciado.

Suyo, fraternalmente, en el Señor,

*Peter - Hans Kolvenbach SJ*

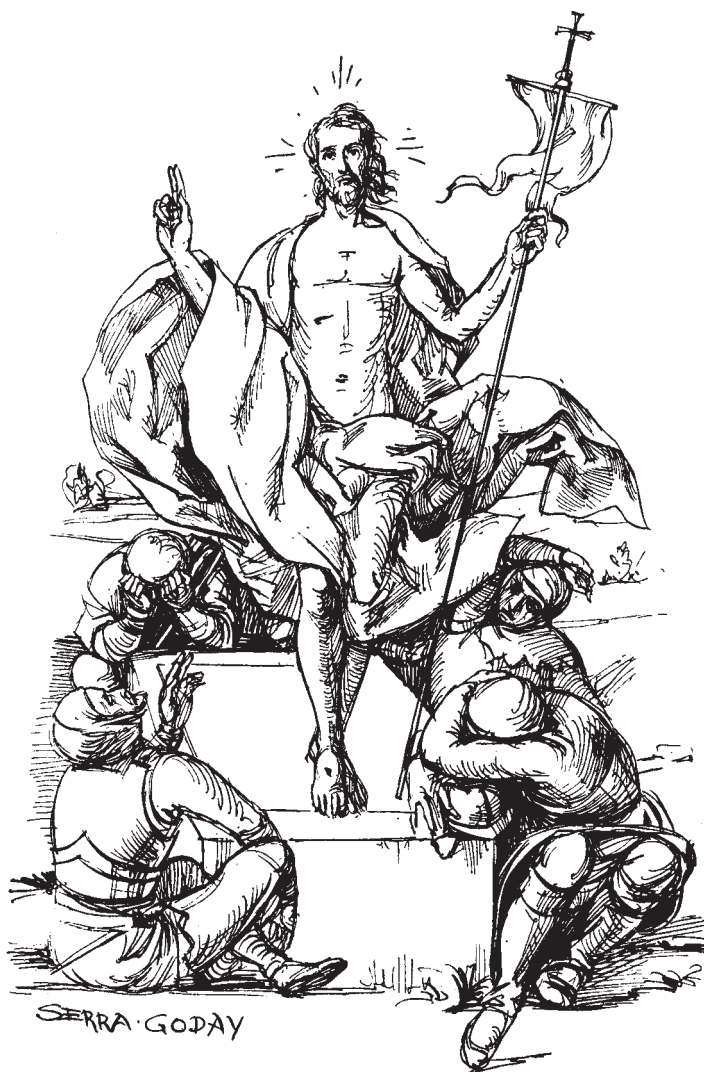
Peter-Hans Kolvenbach, SJ.  
Director General del Apostolado de la Oración

Roma, 25 de marzo del 2004  
Fiesta de la Anunciación.



Imagen de santa Teresita del Niño Jesús en la fachada de la Balmesiana que da a la calle Montsió

# Ven, Señor Jesús



ET NOX SICUT DIES ILLUMINABITUR

La humanidad no tiene fuerzas para quitar la piedra que ella misma ha fabricado, intentando impedir tu vuelta. Envía tu ángel, ¡oh, Señor!, y haz que nuestra noche se ilumine como el día.

Cuántos corazones, ¡oh, Señor!, te esperan. Cuántas almas se consumen por apresurar el día en que Tú sólo vivirás y reinarás en los corazones. Ven, ¡oh, Señor Jesús!

¡Hay tantos indicios de que tu vuelta no está lejana...!

Oh, María, que lo viste resucitado. María, a quien la primera aparición de Jesús quitó la inenarrable angustia causada por la noche de la Pasión. María, te ofrecemos las primicias de este día.

Para Ti, Esposa del Divino Espíritu, nuestro corazón y nuestra esperanza. Así sea.

Pío XII. *Mensaje pascual*. 21 de abril de 1957



# Aprobaciones y bendiciones a lo largo de estos sesenta años

La revista CRISTIANDAD se profesa deliberadamente fiel al magisterio jerárquico de la Iglesia católica. Se honra en reproducir de nuevo algunas de las más

significativas bendiciones y aprobaciones, tanto diocesanas como pontificias, que ha recibido a lo largo de sus sesenta años.

## *El Obispo de Barcelona bendice y alaba la Revista con ocasión de su III Aniversario*



**H**ace tres años bendecíamos el proyecto de publicación de CRISTIANDAD, y poco después saludábamos, henchidos de esperanza, la aparición de tan enjundiosa Revista escrita por plumas doctas y bien cortadas, muy acreditadas en el campo de las letras.

Hoy, al publicarse el número 73 nos gozamos en una consoladora realidad: la copia de sana doctrina esparcida desde sus columnas entre una selección de cultos lectores.

La peculiaridad de la Revista CRISTIANDAD que en cada número expone un tema, siempre tratado con competencia, y a veces agotado, es de resultados magníficos en el lector serio que busca la verdad.

Tal vez a eso se debe el que no haya alcanzado la Revista toda la difusión que merece.

La recomendamos con todo encarecimiento, no a los espíritus frívolos, incapaces de sostener un raciocinio o de aplicar su atención a temas serios y trascendentales, sino a los espíritus bien cultivados que sienten la inquietud que suscitan los graves problemas de orden filosófico, etc.

La Revista no debe descender de ese nivel, aunque sea a trueque de renunciar a éxitos fáciles.

Ni cederá un punto en su ortodoxia.

Hoy, más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confusionismo y rebeldías de la hora presente.

Al menos vosotros, mis diocesanos cultos, sedientos de verdad, tomad en vuestras manos la Revista, y, si ponéis vuestra pluma mejor que mejor.

† GREGORIO, Obispo de Barcelona



N. 251139

Dal Vaticano, li 5 de Mayo de 1951

Distinguido Señor:

Cumplo con el venerado encargo de manifestarle que el Augusto Pontífice ha acogido con particular complacencia los tres primeros volúmenes de "Publicaciones Cristiandad" por V. enviados.

Bien sabe V. la benevolencia con que el Santo Padre siempre distingue a tan prestigiosa revista, pues no Le es desconocido el criterio sobrenatural con que ella trata de iluminar las conciencias en los hu-  
manos acontecimientos, realizando así un valioso apostolado.

Que el Señor les otorgue siempre y en abundancia sus dones. Así lo pide Su Santidad, en tanto que, como muestra de paternal agrade-  
cimiento, concede a V., a sus colaboradores y a los lectores la Bendi-  
ción Apostólica.

Reiterando las seguridades de mi distinguida consideración, que  
do

de V. seguro servidor

---

Sr. D. Fernando Serrano  
Director de "Cristiandad"

BARCELONA

---



*El Arzobispo de Barcelona*

En el XXV Aniversario de su fundación bendigo cordialmente a la Revista "Cristiandad", y a sus redactores y lectores, y pido al Señor que no se extinga la luz que ha iluminado tantos pensamientos nobles como presidieron su fundación y su marcha a través del tiempo, ni se paralice la mano de los que tan dignamente supieron mover su pluma para escribir tantos artículos de solidísima doctrina católica.

Impregnar de sentido cristiano y sobrenatural la vida entera del hombre y de la sociedad sigue siendo una tarea irrenunciable de todo el que ama a la Iglesia. Ello no se opone en nada -acaba de decir Pablo VI- a la legítima autonomía de lo temporal, sino que por el contrario responde fielmente al concepto de la Iglesia y del mundo que el Concilio Vaticano II ha proclamado con tanta autoridad.

Con caridad profunda, con firmeza incommovible en la fe con reflexión lúcida sobre lo inmutable y lo cambiante en la vida de los hombres y los pueblos, "Cristiandad" debe seguir adelante en su camino de servicio a un ideal perenne: el de que Cristo, por voluntad del Padre que para eso le envió al mundo, es la Verdad suprema de la historia.

Fdo: + Marcelo

Arzobispo de Barcelona

Abril 1969





SECRETARÍA DE ESTADO

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

Vaticano, 25 de marzo de 1994

N. 346.631

Con motivo del 50º aniversario de la revista **Cristiandad**, el Santo Padre Juan Pablo II expresa su complacencia por el asiduo y celoso servicio que esa publicación ha prestado a la difusión de la doctrina católica, de modo particular la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y alienta a proseguir con renovado esfuerzo en tan encomiable labor, siguiendo el espíritu y orientación de su fundador el P. Ramón Orlandis, S.J.

Con estos fervientes deseos y como muestra de benevolencia, Su Santidad imparte a los dirigentes, colaboradores y lectores de la revista, la implorada **Bendición Apostólica**.

Mons. L. Sandri

Asesor



L'ARQUEBISBE DE BARCELONA

Barcelona, 4 de maig de 1994

**Sr. Fernando Serrano Misas**  
Director de «Cristiandad»  
c/ Duran i Bas 9  
08002 Barcelona

Benvolgut Sr. Director,

Em plau correspondre a la seva carta del proppassat dia 28, comunicant-me que enguany la revista «Cristiandad» ha arribat als 50 anys de la seva publicació. En els temps actuals, de no poques dificultats de tota mena, que una publicació religiosa arribi al mig segle representa un gran esforç i una fidelitat que resulten ben lloables.

Per aquest motiu, em plau felicitar-los per aquest mig segle de publicació de la revista. Els encoratjo a continuar en aquesta tasca que, com diu vostè ben encertadament, es manifesta en la fidelitat a l'esperit i a les directrius del seu fundador, el benemèrit P. Ramon Orlandis, S.I., i, en conseqüència, en la voluntat de continuar treballant al servei de l'Església mitjançant la difusió de la devoció al Sagrat Cor del nostre Redemptor Jesús.

Com saben, aquesta devoció va tenir una missió providencial d'apropar els cristians al nucli de la nostra fe, que se centra en la persona de Jesús, imatge del Déu invisible i transparència de l'amor del Pare Déu a la humanitat. En aquest sentit, els invito a viure i a difondre el cristocentrisme i fins l'humanisme i tot presents en aquesta devoció, la validesa de la qual ha reafirmat el nostre Sant Pare Joan Pau II, sobretot en ocasió del seu viatge a Paray-le-Monial.

Que aquest amor renovat al nostre Salvador els porti a tots -ens porti, de fet, a tothom- a un més gran amor a Déu i als germans, sobretot els més necessitats d'afecte i d'ajut material.

Els beneixo amb tot l'afecte,

+ Ricard M. Carles,  
Arquebisbe de Barcelona

# CONTRAPORTADA

## Festividad de Cristo Rey

Si ahora mandamos que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos también a las necesidades de los tiempos presentes, y pondremos un remedio eficacísimo a la peste que hoy inficiona a la humana sociedad. Juzgamos peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo* con sus errores y abominables intentos; y vosotros sabéis, venerables hermanos, que tal impiedad no maduró en un solo día, sino que se incubaba desde mucho antes en las entrañas de la sociedad. Se comenzó por negar el imperio de Cristo sobre todas las gentes; se negó a la Iglesia el derecho, fundado en el derecho del mismo Cristo, de enseñar al género humano, esto es, de dar leyes y de dirigir los pueblos para conducirlos a la eterna felicidad. Después, poco a poco, la religión cristiana fue igualada con las demás religiones falsas y rebajada indecorosamente al nivel de éstas. Se la sometió luego al poder civil y a la arbitraria permisión de los gobernantes y magistrados. Y se avanzó más: hubo algunos de éstos que imaginaron sustituir la religión de Cristo con cierta religión natural, con ciertos sentimientos puramente humanos. No faltaron Estados que creyeron poder pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la impiedad y en el desprecio de Dios.

Los amarguísimos frutos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones ha producido con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, los hemos lamentado ya en nuestra encíclica *Ubi arcano*, y los volvemos hoy a lamentar, al ver el germen de la discordia sembrado por todas partes; encendidos entre los pueblos los odios y rivalidades que tanto retardan, todavía, el restablecimiento de la paz; las codicias desenfrenadas, que con frecuencia se esconden bajo las apariencias del bien público y del amor patrio; y, brotando de todo esto, las discordias civiles, junto con un ciego y desatado egoísmo, sólo atento a sus particulares provechos y comodidades y midiéndolo todo por ellas; destruida de raíz la paz doméstica por el olvido y la relajación de los deberes familiares; rota la unión y la estabilidad de las familias; y, en fin, sacudida y empujada a la muerte la humana sociedad.

Nos anima, sin embargo, la dulce esperanza de que la fiesta anual de Cristo Rey, que se celebrará enseguida, impulse felizmente a la sociedad a volverse a nuestro amadísimo Salvador.

Además, para condenar y reparar de alguna manera esta pública apostasía, producida, con tanto daño de la sociedad, por el laicismo, ¿no parece que debe ayudar grandemente la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey entre todas las gentes? En verdad: cuanto más se oprime con indigno silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, en las reuniones internacionales y en los Parlamentos, tanto más alto hay que gritarlo y con mayor publicidad hay que afirmar los derechos de su real dignidad y potestad.

Pío XI: *Quas primas*, 1925